

IMITACIONES CASTELLANAS DEL QUIJOTE

(Al distinguidísimo catedrático y publicista D. Carlos Soler y Arqués.)

I

«Tengo para mí—decía Cervantes (1615), por boca del bachiller Carrasco (cap. III, segunda parte de su obra), en el ridículo razonamiento que sostuvo con Don Quijote y Sancho—que en el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso y aun hay fama que se están imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca.»

Y así sucedió, en efecto: la obra prodigiosa que aquel genio concibió en el lugar de la Mancha de cuyo nombre no quería acordarse, no solamente fué reproducida en España primero (Madrid, 1605), después en Bruselas (1607), en Milán (1610), y en otros diversos lugares, hasta el punto de haberse hecho, en diez años, ocho ediciones de la primera parte, y en dos, cinco de la segunda, sino que corrió, más adelante, traducida, anotada, comentada y explicada por todos los ámbitos del globo. Lo mismo en España, donde pasan de quinientas las ediciones que del *Quijote* se han hecho, que en Inglaterra, que puede con fundado motivo enorgu-

llecerse de haber sido de las primeras naciones en publicarle y traducirle, que en Francia, en donde se han tirado lujosas ediciones, que en Italia, Portugal, Alemania, poseedora de una de las mejores traducciones, por Luis Tiek hecha, Suecia, Dinamarca, Grecia y Rusia, se han dedicado hombres ilustres como Pellicer, Clemencin, el Rdo. Juan Bowle, Luis Viardot, Tiek y otros muchos, á examinar, traducir y anotar la obra inmortal del ilustre manco de Lepanto. Y no solamente se ha limitado la labor del hombre á propagar ese monumento que pertenece á todas las naciones civilizadas, sino que son muchos los escritores que han consagrado su actividad á proseguir ya la vida de Sancho, ya á imitar los hechos del Quijote, ora á presentarle en la escena ó á escribir sobre cualquier punto de su vida.

De este modo se ha logrado dar al público, ávido de leer cuanto con el héroe de la Mancha se relaciona, más noticias, quizá inventadas á costa de múltiples y afanosos desvelos, rindiendo al mismo tiempo un tributo de admiración al genio que, como dice Weber de Shakespeare, prevé el nuevo siglo de la moralidad y de la inteligencia y formando con sus escritos, á la manera de lo que con la *Iliada* en pasados tiempos había sucedido, una especie de ciclo que pudiéramos llamar *cervántico*.

II

La primera obra de que se tiene noticia que imitase el *Quijote* es la publicada en 1614, en un tomo en 4.^o, por Avellaneda, y que lleva por título: *Segunda parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras, compuesta por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la noble villa de Argamasilla, patria feliz del Hidalgo Caballero Don Quijote de la Mancha.*—Con licencia, en Tarragona, en casa de Felipe Roberto.

La fábula de este libro, que despertó tan acaloradas disputas y mereció las más grandes censuras, está desarrollada del siguiente modo: vuelto Don Quijote, después de su últi-

ma aventura, á su casa, recobrado el uso de la razón, entregábase á las devociones, leyendo asiduamente la *Guía de Pecadores*, de Fray Luis de Granada, que el cura le había proporcionado, asistiendo todos los domingos á misa y oyendo con devoción los sermones que se predicaban. Muerta de unas calenturas su sobrina Magdalena, tomó un ama, pues la anterior había sucumbido, sin duda, con la cual vivía tranquilo, hasta que Sancho le dice que ha oído leer al labrador Pedro Alonso un libro, titulado *Don Florisbián de Candaria*, que trataba de caballeros andantes, y él, deseando obtenerle, le encarga que, bajo el sayo, se lo lleve oculto.

Por entonces llegan á Argamasilla, de paso para Zaragoza, adonde se dirigían con el objeto de tomar parte en unas justas varios señores, de los cuales uno de ellos, llamado D. Álvaro Tarfe, descendiente de los antiguos reyes moros de Granada, es alojado en casa del famoso loco; entran ambos mientras cenan, en conversación, y recayendo sobre amores nárrale éste los sostenidos con Doña Dulcinea, que terminaron con una paletada de estiércol arrojada por la doncella en las barbas del escudero. Durante la noche propónese el héroe renovar sus memorables y pasados hechos, y después de despedir al siguiente día á su huésped, vístese con la armadura que en su casa éste dejara, y se dispone á conquistar el mejor premio que en las justas se adjudicase. Embebido en estas ideas, toma á Sancho por monstruoso jayán, y acometiéndole furioso le castiga cruelmente, debiendo la salvación de su vida á que, escondido bajo la cama, consigue aplacarle á fuerza de dar grandes gritos.

Compra, decidido al cabo, un burro para su escudero y sale (Agosto) de su pueblo, adoptando el nombre de *El Caballero Desamorado*. Llegan á la Venta del Ahorcado, y tomándola por un castillo, envía á Sancho á examinarlo; mas éste, no viendo nada que digno de mirar fuese, entra á que le preparen una olla; impaciente el hidalgo, notando su retraso en la vuelta, acércase al supuesto castillo, y arrogante pide que se le devuelvan; pero tranquilizado por el mismo interesado, dase por satisfecho y vase á la cama, adonde una gallega se acerca y cuéntale su historia; tómala

él por una infanta, y jura vengarla del capitán que la abandonó inicualemente, dándola, en tanto, doce ducados, reducidos á cuatro por el escudero. Parten á la siguiente mañana, tras de una lucha sostenida con el ventero por agraviar á la infanta, camino de Ateca, encontrando á su paso á un guarda de un melonar, á quien toma por Roldán, Par de Francia, y le acomete; derríbale éste, y ayudado por otros le roba las bestias; encamínanse entonces á pie al pueblo, y en él, Mosén Valentín, clérigo tan caritativo como todos los que este autor pinta, rescata los animales y le amonesta para que vuelva á su pueblo á cuidar de su *sobrinito*, del que ni una palabra había dicho Cervantes. Continúan hacia Zaragoza, donde, por meterse á librar á un ladrón paseado sobre un burro por las calles para ser azotado, es metido en la cárcel, de la cual sale por mediación de D. Álvaro, que encuentra á Sancho llorando. El noble le invita á unas justas y le regala la armadura que dejó en su casa; acude el Caballero Desamorado á la calle del Coso, describiendo el autor minuciosamente el lujo con que estaba adornada, y gana el premio, consistente en unas agujas, ofrecidas por una vieja, parecida á Urganda, y que le roban luego.

En tanto el juez de las justas esperaba en su casa al Manchego para comer, y cuando le ve venir hace entrar á uno de los figurados gigantes que en las procesiones sacan en Zaragoza, tan alto que con la cabeza llegaba á la claraboya del techo, y en la cual, colocado el escribano, con voz ronca, que pone á Sancho en peligro de muerte, anuncia al héroe su alegría por haberle encontrado, después de haber recorrido muchos lugares, para colgar su cabeza á la puerta del palacio que en su reino de Chipre tenía. Don Quijote, siempre valeroso, acepta el combate propuesto por tan singular enemigo, y al otro día recibe la visita del escribano, disfrazado de etiope, invitándole á ir la corte á celebrar con su dueño, Bramidán de Tajayunque, el desafío pendiente. De este modo sale el andante caballero de Zaragoza, después de haber golpeado por la noche y entre sueños al inocente escudero, tomándole por el alevoso atrevido que había tenido la osadía de retarle.

Encuétrase á su partida con un soldado de Flandes, Antonio de Bracamonte, y con un ermitaño. De nuevo llegan á Ateca, donde el caritativo Mosén Valentín les obsequia, saliendo á poco de su casa, y deteniéndose luego bajo la sombra de unos árboles, dando comienzo el militar, á semejanza de lo que Cervantes hizo con su Curioso Impertinente en la primera parte de su obra, á narrar el cuento de *El Rico Desesperado*.

En Lovaina (Flandes)—un estudiante de derecho, rico y huérfano, Mr. de Japelin, convertido por un dominico, se hizo fraile; habiendo llegado á los diez meses de este suceso unos amigos á visitarle, le convencieron para que los siguiese, y así lo hizo; casóse á poco con una joven, exnovicia de un convento, y marcha á Cambray á recibir el último suspiro de un tío, que le dejaba sus bienes; vuelve á su casa—cuando su mujer acababa de tener un niño—con un soldado español, su compañero de viaje, hospedándole en ella. Enamorado el militar de la dama, aprovecha la noche para entrar en su cuarto, y pinta el autor con colores excesivamente vivos el arrepentimiento experimentado después de realizar su brutal acción, cometida fingiendo ser el esposo, y su huída, todo asustado, á la siguiente mañana. Entérase el marido del hecho, por las suaves reprensiones que le dirige su esposa, y ciego de coraje, parte á caballo en busca del ofensor infame; encuéntrale en el camino, é hiriéndole con un venablo le da muerte. Á su retorno sabe que su mujer, á quien indiscreto criado había revelado todo, suicidóse tirándose á un pozo; desesperado entonces, toma á su hijo, y sin dar tiempo á que nadie pudiera oponérsele, lo estrella en el brocal del mismo, arrojándose él al momento.

El ermitaño, á seguida, narra la mística fábula de *Los dos felices amantes*. La superiora de un convento (Luisa), enamorada de un galán (D. Gregorio), conciertan, preparando lo necesario al efecto, escaparse, y así lo realizan un domingo á las doce y media de la noche, después de haber dejado ella las llaves ante el altar de la Virgen, de especial devoción suya, para que hasta su vuelta se las conservase. Llegan á Lisboa, y de allí, acabado el dinero que llevaban,

parten andando para Badajoz; en esta ciudad entra la dama en un hospital, donde es enamorada por un caballero; su marido, que la abandona para entregarse al juego, es desterrado y huye á Mérida. La monja, arrepentida, viendo que el fugitivo no llegaba, se dirige, vestida de peregrina, á su convento; en él llora ante el altar de la Divina Madre, y de sus labios escucha, toda aterrada, cómo Ella, tomando su faz y su forma, había vigilado el convento todo el tiempo que duró su ausencia (1).

Entre tanto el esposo, de nuevo convertido por otro dominico, pasa á Roma, y absuelto de sus pecados, profesa en un monasterio, después de haber sido perdonado por sus padres y su amada, llegando á ser prior del mismo.

Muertos por fin los dos amantes, sus cuerpos, enterrados suntuosamente, fueron considerados como santos.

Sancho entonces, para no ser menos, narra otro cuento, advirtiéndole su amo tenga cuidado no sea como la *ne-cia* historia de López Ruiz y su pastora Torralba cuando la aventura de los batanes. Unos reyes hallan un tesoro, y no sabiendo en qué emplearle, compran gansos; al pasar con ellos un río, ponen un palo que le atraviesa para que fuesen pasando uno á uno, y dice que hasta que lo crucen todos no quiere terminar su relato.

Pónense al cabo en marcha, y á poco oyen voces demandando auxilio; acuden veloces y encuentran á una mujer, en camisa, atada á un árbol, á la que el soldado saluda con el nombre de Bárbara la *Acuchillada*, y quien Don Quijote toma por la reina Cenobia. Desatada, cuenta cómo un estudiante, tras engañarla, la ató á aquel árbol, abandonándola después á la ventura. Ordénala el Hidalgo que los siga, y de este modo llegan á Sigüenza, donde pone unos carteles declarando ser su dama la más hermosa, á lo que nadie se opone, y continúan hacia Alcalá, deteniéndose en una venta ó *castillo*, en la cual se representaba *El testimonio vengado*, de Lope, que le valió á Sancho un buen puñetazo en las narices por

(1) Análogo episodio á éste desarróllase en la popular leyenda de D. José Zorrilla titulada *Margarita la Tornera*.

ser entrometido; pasan al siguiente día á la ciudad del Henares, donde el caballero es golpeado por varios estudiantes que iban á dar una serenata á un catedrático, y á los cuales reta. Marcha luego á la corte, y despedido del ermitaño y el militar, visita el Prado, encontrando al infame rey Periano de Persia, que era un marqués que paseaba en su carroza, y le desafía á singular combate; el criado de aquél, conociendo al manchego por haberle visto en Zaragoza, acepta en nombre de su señor el reto. Acude el loco á su palacio y en él se concierta la pelea, y después de varios discursos sin gracia alguna, pronunciados por Sancho ante un amigo de la casa, que se finge archipámpano, es presentada la *reina* Cenobia, y se arregla la pelea entre el escudero y el paje de Tajayunque. Aparece en seguida el escribano, trasladado, como se dijo, á la corte, disfrazado de mujer; anuncia que es la hija del rey de Toledo y suplica al héroe la ayude á recobrar su reino. El manchego pónese inmediatamente á sus órdenes, y en tanto el desagradecido escudero quédase sirviendo en casa del marqués D. Carlos, llamando á su mujer Teresa, que á los quince días acude á la corte.

Por fin, D. Álvaro, despedido de sus amigos para Córdoba, invita á Don Quijote en nombre de la infanta Burlerma á que los siga; así lo hace éste, y en Toledo, adonde llegan á poco, le encierran en una casa de orates, de la cual sale al cabo para correr por el mundo con otro caballo—porque de viejo había muerto Rocinante en casa del Nuncio, donde quedara depositado,—llamándose *El Caballero de los Trabajos*.

*
* *

El autor de esta obra, que bajo el pseudónimo del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda apareció por primera vez en Barcelona, ocasionando impresión tan grande, suscitó las más acaloradas contiendas y despertó las más agrias disputas. Unos suponen (edición del *Quijote* 1875, Madrid) que el autor era un aragonés, dominico del convento de Predicadores de Zaragoza, y uno de los escritores de comedias, ridiculizados con el gracejo característico del inmortal Cer-

vantes en la primera parte de su *Ingenioso Hidalgo*; otros (edición de 1851, de Aribau), conviniendo en lo anterior, aseguran que este fraile, entusiasta de las obras de Lope, siguiendo aquella sentencia que Cervantes colocó al final de la primera parte de su obra, *Forse altri cantera con miglior plectro*—Otro cantará quizás con mejor plectro,—se atrevió, sin intención ninguna, á continuar su historia; algunos, como D. Juan Antonio Pellicer (pág. CLVII de su *Quijote*), sostienen que la infinidad de voces y vocablos aragoneses de que poblado se encuentra el texto prueban con evidencia su nacionalidad; cree también este autor en su estado religioso, y así parece probarlo, dice, su empeño de introducir algún fraile, y siempre dominico, en los episodios de su libro y la sentencia existente en un manuscrito titulado *Tractatus varii*, perteneciente á la casa de Fernán Núñez, condenando á un poeta llamado Sancho Panza á galeras, como lo fué en Zaragoza el Quijote de Avellaneda, cuando en ella estuvo. Ahora bien: si, como nota D. Cayetano Rosell (tomo 18 de la B. de AA. EE.), se tiene en cuenta que el confesor de Felipe III y el de su favorito el Duque de Lerma, Fray Luis de Aliaga —no Fray Blanco de Paz, en Argel, enemistado con Cervantes,—era conocido en la corte con el sobrenombre que Avellaneda, ó sea el de Sancho Panza, no por ser grueso, sino, según Quevedo, por ser el criado del monarca; si se considera que Aliaga era de una aldea de Teruel y Avellaneda también aragonés, y que escribió un tratado titulado *Venganza de la Lengua Española contra el autor de Cuento de Cuentos*, por D. Juan Alonso Laureles, caballero de hábito y peón de costumbres, aragonés liso y castellano resuelto, cuyo estilo es semejante al usado por Avellaneda en su *Quijote*, se comprenderá fácilmente que todas las pruebas están por que este Aliaga sea el fingido autor de la obra que estudiamos.

Su *Quijote*, traducción, según Clemencín, «de un original arábigo contenido en cartapacios y papeles viejos, que ya se consideraban aniquilados á manos del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas,» y que «se supone se sacó de memorias y tradiciones populares y de pergaminos encon-

trados en una caja de plomo, descubierta entre las ruinas de antiguos edificios,» ha sido tratado con excesivo rigor y demasiada crudeza por los escritores antiguos, que no podían contemplar cómo de una manera tan ruin se trataba de oscurecer la gloria del escritor más grande que la humanidad ha producido, porque para unos (edición del *Quijote* 1875) vaciaba su pecho la hiel rencorosa que abrigaba, tratando desvergonzadamente al Príncipe de los Ingenios, de manco, viejo y adusto; para otros (1877) este fraile no pensaba con dignidad ni escribía con decencia; según unos (Pellicer, página CLVII), fué escrito para defender á Lope de Vega; mas la verdad del caso es que su defecto más esencial, prescindiendo de la intención del autor al escribir su obra, es el de atacar siempre que puede á Cervantes, del que llega á decir que «tiene más lengua que manos;» porque en lo demás, si se exceptúan algunos lapsos como el del *sobrinito*, hay habilidad en la exposición de los personajes, arte en la trama de los acontecimientos, gracejo en algunas escenas y soltura en la obra toda.

Censurada la obra en Zaragoza (18 Abril 1614) por el Dr. D. Rafael Orthoneda, fué autorizada por el Arzobispo de la diócesis Dr. D. Francisco de Torme y Liori (4 Julio) y después sólo dos ediciones de alguna importancia se han hecho de ella, una traducción francesa (París 1704), por Lesage, en casa de la viuda de Claudio Barbin, en dos tomos en 8.º, cuyo traductor añadió y suprimió cuanto quiso, y la otra en Madrid (1732), por D. Isidoro Perales y Torres, pseudónimo correspondiente, según D. Juan de Iriarte, á D. Blas de Nasarre; aprobada por el licenciado Francisco Domingo, de la iglesia de Aliaga, tiene un prólogo de D. Agustín Montiano y Luyando, en el que llegó á decir: *No creo que ningún hombre juicioso sentenciará á favor de Cervantes, si forma el cotejo de las dos segundas partes.*

III

La segunda imitación que del *Quijote* de Cervantes se ha hecho es la publicada el año 1767 en un tomo en 12.º de 277

páginas, muy bien impreso, con el siguiente título: *Vida y empresas literarias del ingeniosísimo caballero don Quixote de la Manchuela. Parte primera. Compuesta por Don Cristhoval Anzarena, presbítero. Con licencia. En Sevilla, en la imprenta del Dr. D. Jerónimo de Castilla, impresor mayor de dicha ciudad.*

Al frente de la obra aparece una dedicatoria del autor *Á la Necedad*, «madre naturalísima del protagonista,» y encuéntrase luego la licencia, concedida (20 Febrero 1767) por el licenciado D. José de Aguilar y Cueto, Racionero de la catedral de Sevilla, y después un *Prólogo al lector*, explicando el asunto y giro que había de llevar la obra, leyéndose al final la enmarañada décima que sigue:

Los dos Quijotes labraron
de *Armas y Letras* escudos,
que no pasarán por mudos
en los que así emparentaron:
por *Manchuela*, se grabaron
las *Letras*, que se imprimieron
aquí, y los que no tuvieron
su lugar, por *Incapaz*,
quedan en el que es *Capaz*
porque su *Lugar* se dieron.

Comienza en seguida el desarrollo del asunto, en diez capítulos desenvuelto, que viene á ser de este modo: En la Manchuela de Jaén, pequeña población del hermoso reino de Andalucía, habitaban desde remotos tiempos los ascendientes del protagonista de este cuento. Sus padres, Blas Panarra, conocido vulgarmente con el apodo de *Fanegas*, «á título de medidor del trigo,» y Juana Repulga, apellidada *Calzas*, «porque tenía gran talento en echárselas á los pollos después de desengallarlos,» vivían en compañía de la madre de ésta, Marinuño, en el pueblo, donde eran considerados como ricos.—Mucho tiempo después de casados, y cuando habían ambos cónyuges perdido hasta la esperanza de que pudieran tener descendencia, la dueña de la casa, entre suspiros de unos y alegrías de otros, dió al mundo un robusto chico, su-

mamente grande, al que bautizaron con el nombre de Cirilo, y al que la voz popular hubo de aplicarle el epíteto de *Quijada* y luego de *Quijote*, porque, según la opinión más verosímil, bostezando un día se le abrió tanto la boca, que se le rompió una quijada.

Enseñado cuando fué mayorcito por su abuela, que de él no se separaba un momento, no hubo de aprender más que cuentos extravagantes y «oraciones de viejas, alumbradas con la candelilla de una fe supersticiosa,» por lo cual, visto y oído todo esto por el cura del lugar, nombrado Centellas, fueron sus padres advertidos del peligro en que se encontraba el muchacho de continuar por el camino emprendido; mas sus saludables advertencias fueron á perderse en el aire, porque la anciana, reteniendo á su «capullo,» no quiso soltarle de su lado hasta que tuvo doce años; en este tiempo aprendió á leer en el libro de Carlomagno, y á repetir como un loro y con tonillo gangoso que la A significaba Ay, la B la baba de su abuela, la C su casa, etc. Corriente en lectura, pasó á escribir con Mirrimau, notario del pueblo, así llamado por la desmesurada extensión de sus uñas, y su aprendizaje fué causa de muchos disgustos para el maestro, á quien la madre y la abuela del discípulo maltratan cruelmente un día, porque, acalorado con su torpeza, hubo de sentarle las costillas con una vara. Aprendido todo lo que el escribano sabía, instrúyenle sus padres respecto de lo que en sociedad debe hacerse y, entre otras cosas, le advierten que cuando vaya á dar el pésame á alguna persona, «entrando en el cuarto del difunto, pregunte: ¿Cuál de vuesamercedes es el muerto? Que Dios le tenga en su santa gloria;» que no mueva los ojos ante señoras, etc., causando al cura la hilaridad al escuchar tan ridículos consejos, por lo cual éste da otros, no atendidos, en sentido contrario.

Buscan á poco un maestro de latín para el chico, y hallan al sacristán de la iglesia, Hisopo, que cumple su compromiso llevando una gramática ó un *Tutilimundi* latino, donde, según él, se contenían la primera Bruja, *Musa*, que había de llenarle la cabeza de musarañas; la Señoría,

con *Dóminus*, el Sermón ó regaño con *Sermo, inis*, el Sentimiento con *Sensu y Genu* y con *Dies, ei*, el día en que se premiaron las tareas literarias del alumno. Prométese al maestro una merienda en cuanto el discípulo pase el *Puente de los Asnos* y venciese, según la madre, al moro *Quisquí*, y es cumplida. Continúa en su estudio y declárale su preceptor *Latinipardo*, en un examen ó *vejamen*, verificado el cumpleaños de su abuela, y al cual asistió el cura con otros amigos de la casa. Preséntase el héroe ante el tribunal, disfrazado con una vieja sotana de cura y un gorro con una borla hecha de la lana de una oveja, llevando pendientes de su cuello varias medallas y un colmillo de jabalí, «que algunos pensaron eran de los que á su abuela se le habían caído,» para curar el mal de cabeza. Con voz de mirlo y ademanes de bobo leyó un discurso intitulado *En Nomus Nugalis: Pro Annis Nonnogenaris Avis mea*. Hé aquí una canción frívola: á los noventa años de mi vida, que empezaba:

Huyó la edad primera,
por lo que no es mi abuela lo que era;
quedándose en ceniza
su edad, que en esta vive, si se atiza,

y que fué grandemente aplaudido, siendo después los concurrentes obsequiados con una espléndida merienda, que hubiera terminado felizmente á no haber dado á la abuela un cólico cerrado que á las pocas horas la ocasionó la muerte. ¡Llanto y desolación reinó en aquella casa por espacio de algún tiempo, donde «se pusieron los trastos patas arriba en señal de luto» y se lució de nuevo el vástago con un epitafio que escribió para la tumba de la anciana!

Examínale el sacerdote, una vez vueltas las cosas á su normal estado, de sus adelantos, y observando que éstos se hallaban reducidos á traducir *Vesque, vete; merique dies*, al mediodía; *vepres Aries*, comerás carnero; *quoque*, que está cocido; *Verres*, con berros, concédele el título de *Graduado en Zoquete*, con gran sentimiento de sus ignorantes padres y

del infeliz Hisopo, que se mordía los puños de vergüenza y de coraje.

Emprenden los padres, convencidos, nueva ruta, señalando á su hijo nuevo derrotero; mas el muchacho aquella noche no llegaba á casa; búscasele por todas partes, y no parece; «alborotóse su morada, se anduvo todo el lugar, se registraron los desvanes y se bucearon los pozos, se despacharon por aquellas dehesas exploradores de polaina para sosegar la locura de su abatida madre;» pero todo fué inútil; todas las pesquisas resultaron fallidas, y los padres, víctimas de la pesadumbre que les causara tan doloroso suceso, murieron á poco, en tanto que el mancebo, trascurridos algunos meses, se presentó en el lugar «andrajoso y lleno de roña» á recoger su herencia. Con su producto compró un *Rocinante* «tan inteligente en el freno que, llamándole por la derecha, respondía por la izquierda,» y partió para Jaén, en donde se dió á conocer á unas tataranietas de D.^a Dulcinea, que le dieron una carta recomendatoria para unos señores de la corte, dejando el autor la pluma para descansar mientras el protagonista realizaba su viaje.

*
* *

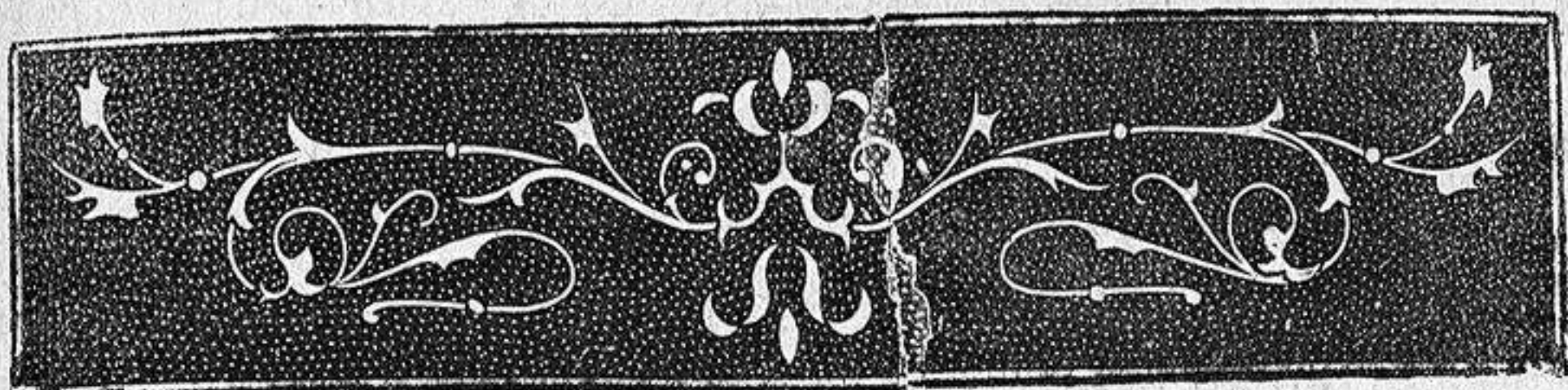
Ésta viene á ser, á grandes rasgos descrita, la fábula desenvuelta por el autor en la primera parte de su obra. Facilidad en el decir, limpio y claro estilo, donaire y gracia en las abundantes descripciones, y una fina y punzante sátira, son los rasgos más característicos de tan ingeniosa imitación del Ingeniosísimo Hidalgo. Su objeto es, sin duda, presentar de relieve, para ridiculizarlos, los vicios más salientes que en la educación de los jóvenes existían en su época, poniendo á seguida su eficaz remedio, y mostrar la triste consecuencia de semejante enseñanza, aun en parte seguida por desgracia en nuestros días, que no es otra si no lograr, tras mil afanes, muchos conocimientos, mal digeridos, que luego no sirven para nada. En este libro, con el cual logró casi todo su deseo, presenta el autor á una anciana, representando las antiguas y dañinas tradiciones, que llena á su nieto,

con ridículas consejas el cerebro, de fantasmagóricas ideas; el padre que, como muchos, piensa que es su hijo un sabio; la madre, personificando la bondad, causa de los atrasos de su hijo; un sacristán, maestro también como muchos, que nada sabe y lo enseña todo, y un cura en el que están vinculados la discreción, buen tacto y entendimiento, y al cual, precisamente por lo mismo, nadie le hace caso. Con estos elementos desarrolló su parte primera, y aunque prometió una segunda narrando lo que al héroe le sucedió en la corte, no llegó á publicarla, sin duda por impedírselo el tiempo.

CÉSAR MORENO GARCÍA.

(Se concluirá.)





SAN JUAN DE LA CRUZ

POEMA LÍRICO

Á LA EXCMA. SRA. D.^a MARÍA BERUETE DE MORET

I

EN EL DESIERTO

Abruptos peñascales,
torrentes de laderas derruídas,
sin árboles, sin prados y sin flores;
estepas y jarales,
grutas en donde tienen sus guaridas
en horas de tormentas los pastores;
mansión de mil terrores,
señorío del brezo y la retama,
de profunda oración sublime escuela:
este lugar se llama
¡el hórrido *Desierto de Peñuela!*
Desde riscosa cumbre
ruedan ingentes rocas hasta el hondo
y el cuerpo de un Asceta airadas hieren.
Ultraterrena lumbre

ya brota de sus ojos desde el fondo,
y sus fulgores lo divino inquietan.

Delicias que no mueren
colman el corazón del Solitario;
y, al par, irradia místicas centellas
glorioso escapulario
con un monte, la Cruz y tres estrellas.

Plegaria de San Juan.

«Vean, Señor, mis ojos
en éxtasis eterno tus moradas:

del Mundo los enojos,
del Malo las celadas,
serán victorias tuyas celebradas.

»Gracias te doy, Dios pío,
por la vida mortal que me donaste:
tu inmenso poderío
se digna hacer contraste
con esta pequeñez, á quien salvaste.

»Salvo soy por la Muerte:
muriendo Tú, redimes mis afrentas;
muriendo yo, soy fuerte.

¡Ay, Horas, no tan lentas
andéis en sosegar estas tormentas!

»Furiosos huracanes,
soberbias oleadas, rayos fieros,
indómitos volcanes,
leones carniceros,
silben, ruján y bramen justicieros.

»¡Son tus obras, oh Amado!
¡Vengan á mí, me rompan y destrocen!

Mas no las del Pecado
viles ansias se gocen
en aquel que por tuyo reconocen.

»*Noche oscura del Alma*
es el vivir sobre la Tierra injusta,

para quien da su calma,
 su soledad augusta,
 en pro de la virtud que al hombre asusta.

» *¡Subida del Carmelo,*
 cuán áspera te encuentra el vil precito!

¡Tu cumbre toca al Cielo;
 tu base es lo infinito;
 tu seno inquebrantable, de granito!

» *La Llama de amor viva*
 prende en mi ser y á lo eternal me eleva,
 con lumbre rediviva,
 desde esta oscura cueva
 á la Santa Sión donde me lleva.

» ¡Oh mis noches de plata,
 oh mis días espléndidos de oro,
 en que mi voz relata
 con *Cántico* sonoro

las perfecciones mil de mi Tesoro!

» Ardientes, dulces *Coplas*,
 son, oh Amado, los vientos celestiales
 con que mi fuego soplas:
 ceniza son mis males,
 rescoldo son tus bienes divinales.

» Rasgen, Señor, las nubes
 tus vivos y süaves resplandores;
 dispongan tus Querubes
 lecho nupcial de flores
 para el eterno Amor de los amores.»

—

Advierte el Eremita
 que es llegado por fin el gran momento:
 el de rendir el alma al Rey del mundo.

El paso precipita,
 henchido de placer, como el sediento
 en busca del arroyo pudibundo
 que corre en lo profundo.

En Úbeda le espera la mortaja,
y ansía revestirse su blancura:
regio manto que baja
del Cielo, para eterna vestidura.

II

EN EL CONVENTO

Una noche tremenda
(confines del otoño y del invierno),
regando con su sangre aquel camino
por intrincada senda,
á encontrar el descanso sempiterno
marcha el cenobio JUAN el peregrino.

Un resplandor divino
sulca las nubes y en su faz se posa;
cada mancha de sangre sobre el suelo
tórñase bella rosa,
aromando los ámbitos del cielo.

Reina bendita calma
del humilde convento en el recinto;
mientras por fuera, el aquilón adusto.

Del cuerpo sale un alma,
aroma de una flor, puro, inextinto:
¡es el olor de santidad del Justo!

Hermoso, grande, augusto,
el Arcángel Gabriel los aires hiende,
baja á la celda donde JUAN espira,
su diestra mano extiende
y el parabién le da, que Dios inspira.

Salutación del Arcángel.

«¡Salve, varón sin mancha,
espejo de sin pares perfecciones:

la humanidad se ensancha
al sol de tus acciones,
y al célico fulgor de tus canciones!

» Tu místico lenguaje
(que ríe, llora, reza, canta y gime)
es cándido celaje,
es obra que redime
con esa redención de lo sublime.

» Enciendes la pavesa
de apagadas virtudes, en Duruelo;
secundas á TERESA,
encanto del Carmelo,
flor aromosa del pensil del cielo.

» ¿Qué vale del Abismo
la diabólica astucia desatada,
si vences por ti mismo,
con Gracia derramada
por Aquel que formó todo de nada?

» ¡Oh Calle de Amargura,
oh sacrosanta Vía Dolorosa,
de la calumnia dura,
de la ironía odiosa,
que recorrió tu alma generosa!

» Fué para tí palmario
que toda redención sobre la Tierra
se logra en un Calvario,
y que el Maligno yerra
si busca entrar donde el Señor se encierra.

» Prisiones, hambre, peste,
quieren, y la impudicia y las maldades,
manchar tu pura veste;
tus altas dignidades
truécense al fin en tristes soledades.

» ¡Salud, lugar sagrado,
Desierto de Peñuela bendecido:
la Esposa y el Amado
en tí tuvieron nido,
y sus blancas ovejas dulce egido!

»Y tú, JUAN venturoso,
 tendrás allí en la altura insigne puesto:
 como cedro oloroso,
 como palmito enhiesto,
 á eterna florescencia ya dispuesto.
 »Al toque de Maitines
 las puertas romperán de tus prisiones
 alados Serafines,
 Tronos, Dominaciones,
 Potestades con plácidas canciones.
 Tu santa y sabia historia,
 milicia de combate sin segundo,
 te dió toda la Gloria:
 ¡la que dispensa el Mundo,
 la que brilla del Cielo en lo profundo!»

—

Ábrense las paredes
 de aquella estancia humilde y bendecida.
 Entre su Corte, el Rey del Universo
 derrama sus mercedes
 sobre quien dió por Él toda la vida
 y sufrió los rigores del Perverso
 á la Virtud adverso.
 SAN JUAN á la mansión celeste sube
 desde un lugar de la española tierra.....
 Y córrese una nube
 ¡cortina entre dos mundos que se cierra!

LUIS MARCO.

Madrid 14 de Diciembre de 1891.





HERNÁN PÉREZ DEL PULGAR

LIGEROS APUNTES
SOBRE LA VIDA Y HECHOS HAZANOSOS DE ESTE CAUDILLO (1)

XIII

HAZAÑA DE PULGAR EN MONDÚJAR. — SUS PRUEBAS. —
MERCED DE LOS MOLINOS DE TREMECÉN. — POR QUÉ LE
FUÉ CONCEDIDA.

Habiéndose conquistado á Granada y dado la custodia de ella á los guerreros del ejército de los Reyes Católicos, quedaron los moros sujetos aparentemente, viviendo tal y como determinaban las capitulaciones firmadas para la entrega de la ciudad, y las disposiciones que en su aclaración dictaron las primeras autoridades de la misma.

Entre tanto, vivía Boabdil con su familia en la Alpujarra, ya cercana á Almería, ocupado en ejercicios campestres, y vigilado continuamente por la hábil política de los monarcas Católicos que, con el wissir Aben-Comixa, tenían cerca del desventurado monarca granadino un hábil espía que diariamente les enterase de los proyectos y aspiraciones del hijo de Muley-Hacem.

(1) Véase la pág. 474 del tomo anterior.

Ya á fines del 1492 y principios del 93 habían pretendido de Boabdil que celebrase nuevas capitulaciones y cediese el pequeño estado en que vivía, trasladándose al África y quitando toda sombra de esperanza á los moros convertidos en Granada.

Negóse Boabdil á tales tratos, y entonces el traidor Aben-Comixa, arrogándose facultades de que carecía, vendió á los Reyes Católicos, en nombre de su monarca, sus estados del Alpujarra, y en tan duro trance, Boabdil, víctima de la traición, pero sin fuerzas para destruirla, no tuvo otro remedio que dirigirse á Fez, donde, en precioso palacio, á semejanza, aunque en pequeño, del alcázar de la Alhambra, vivió al parecer tranquilo y satisfecho, por algún tiempo, hasta que pasados más de treinta años encontró su muerte, pero muerte gloriosa, en una cruel batalla, junto á un río, no logrando siquiera sepultura lejos del hermoso cielo de la patria.

Entre tanto, los moros de Granada se hallaban minados por los elementos de la discordia, y excitados más de una vez á la rebelión en contra de las autoridades cristianas, que no siempre ni todas ellas procedieron para con los moros como debían, excepción honrosísima del Arzobispo Talavera, que fué cual ninguno el más fiel cumplidor de los piadosos consejos de la Reina Isabel, encargando que se tratase á los conquistados con el mayor amor y benevolencia posible.

Pero no siguiendo esta hermosa conducta las demás autoridades de Granada, y queriéndose por espíritu de violenta intolerancia que los moros de un golpe se sometieran, haciéndoles olvidar sus costumbres, sus usos y la práctica de sus leyes, el fuego de la insurrección cundió bien pronto entre los mudejares, y el Albaicín y la Alpujarra comenzaron á ser teatro de revueltas y asonadas, que desde la toma de Granada hasta 1499 ensangrentaron más de una vez las calles de la ciudad y ocuparon en distintas ocasiones á los guerreros cristianos, persiguiendo á los revoltosos, que para lograr sus fines se escudaban en las escabrosidades de la montaña.

Era el pretexto que tomaban los que dirigían unas y otras sediciones el hallarse oprimidos dura y ásperamente por

los conquistadores, y que, en vez de tenerlos en blanda servidumbre, eran fuertemente oprimidos, no produciendo su trabajo para satisfacer el necesario sustento y para pagar los impuestos crecidísimos con que se les agobiaba.

De estas rebeliones continuas nos dan ejemplo el hecho de hacerse fuertes los moros en el Albaicín de Granada, y otros en la villa de Güéjar-Sierra y en el pequeño pueblo de Mondújar, situado en el centro del valle de Lecrín, que servía de escalón para pasar á la Alpujarra (1), que era en las faldas de Sierra Nevada el baluarte inexpugnable á que desde entonces se habían de acoger los moros en defensa de lo que llamaban la violación de su derecho.

El motín del Albaicín fué la primer centella de aquella tormenta que, á no ser por la enérgica conducta del Conde de Tendilla, gobernador de la ciudad, hubiérase extendido por toda ella, y tal vez hubiera puesto en grave aprieto á las autoridades de Granada y al ejército que la defendía. Mas, sometidos á tiempo los rebeldes, huyeron éstos, especialmente los 40 soldados autores del motín y asesinos del alguacil Barrionuevo, y atravesando las escabrosas sendas que de la ciudad conducen á la sierra, levantaron unos la población de Güéjar, insurreccionaron otros á Lanjarón y á todo el Andarax, y otros, por último, amotinaron el pequeño pueblo de Mondújar.

Á socorrer estos lugares, donde estallaba formidable la rebelión, marchó el Conde de Tendilla, acompañado de los apuestos capitanes Gonzalo Fernández de Córdoba y Hernán Pérez del Pulgar. Lo primero que hicieron fué sitiar la población de Güéjar, y mientras concluían de vencer á los enemigos, parte por la prudencia y parte también por la fuerza de las armas, dirigiéronse otros al mando de Pulgar con ocho caballos y doce peones al pueblo de Mondújar, lugar famoso, porque en el penúltimo reinado de los moros granadinos, el rey Muley-Hacem mandó allí edificar un suntuoso castillo, que fué centro de amorosos placeres con su segunda esposa Zoraya, y que más tarde le sirvió de asilo,

(1) Ó sierra de guerreros.

cuando por las mudanzas de la suerte le volvió la espalda la fortuna (1).

Estos sucesos ocurrían en el año 1499, bajo el pretexto de que á los moros se les mandaba hacerse cristianos, obligándoles en caso contrario á pasar á África, permitiéndoseles vender sus bienes muebles y raíces.

Los moros de Mondújar, aumentados hasta el número de 4.000 con los que vinieron de Granada, de Güéjar y de otros pueblos comarcanos, una vez levantado el estandarte de la rebelión, trataron de rendir unos á los pocos defensores cristianos que había en el pueblo, y otros en mayor número dirigiéronse á sitiar el famoso castillo árabe que le dominaba desde la sierra, y que creyeron fácil de ganar, toda vez que sabían estaba ausente su alcaide y guardador Pedro de Zafra, y poseyéndolo, se tenían por seguros y en condiciones de acometer y defenderse de las tropas que pudieran sitiarles.

Pero no contaron con la enérgica resolución de D.^a Guiomar de Acuña, esposa del alcaide, que, con valor sin igual y abasteciendo la fortaleza para hacer frente á las contingencias de un duro cerco, se encerró en el castillo con 40 hombres y varias mujeres, decididas á morir con los suyos antes que entregarlo, ya que su marido no podía defenderlo, ausente como se encontraba, al lado de los Monarcas católicos.

Las acometidas á la fortaleza se sucedían con empeño, y los esfuerzos de la heroica dama para defenderla eran iguales, si no mayores, á la energía y fuerza de los sublevados que acometían el castillo.

Por entonces, Hernán Pérez del Pulgar, viniendo de Güéjar y á las altas horas de la noche, pudo llegar con sus doce peones á la puerta del castillo, y aprovechando un momento

(1) Acerca del pueblo de Mondújar, la construcción de su castillo y el casamiento de Muley-Hacem con la hija del comendador de Martos, D.^a Isabel de Solís, que después de abrazar el islamismo recibió el nombre de *Zoraya*, ó *Lucero de la Mañana*, véase en nuestro *Libro de las Tradiciones de Granada* la que lleva por título *El Castillo de Mondújar*.—(Villa-Real, el *Libro de las Tradiciones de Granada*, 1888, Granada.)

de confusión ó de descuido en los sitiadores, logró, disfra-
zando sus intentos, al expresarse en algarabía, hablar con
D.^a Guiomar y penetrar con los suyos dentro de la for-
taleza.

No tardó Pulgar en exponer sus proyectos á aquella se-
ñora, haciéndole comprender que si no aceptaba su oportu-
no socorro estaba perdida, y que poner en manos de los
rebeldes aquella fortaleza era tanto como concederles una
atalaya ofensivo-defensiva de importancia, en aquel sitio
tan estratégico para la rebelión que comenzaba en la Al-
pujarra.

Con corteses palabras agradeció la valiente hembra cas-
tellana tan finos y oportunos ofrecimientos, pero no permi-
tió aceptarlos en manera alguna, porque quería recabar á
todo trance para sí y para los suyos la señalada gloria de
tan heroica resistencia, añadiendo, además, que la interven-
ción del sólo nombre de Pulgar, con la aureola de grandeza
guerrera que le acompañaba, bastaría para entibiar y oscu-
recer la importancia y significación de la hazaña que esta-
ban realizando.

Llegó á tanto la enérgica respuesta de la valiente guarda-
dora del castillo, que sólo permitió á Pulgar quedar en una
sala de la fortaleza con los suyos, bajo palabra de que no to-
maría nunca armas en su socorro.

Entonces Pulgar, incómodo con estos sucesos, contestó á
aquella señora que mal de su grado abandonaba el castillo
y volaba en aquel momento á la defensa del pueblo de Mondú-
jar, pues que su ocupación constante era la guerra, y no
podía en manera alguna aceptar el ridículo papel de dueña
que se le quería asignar en aquella noche memorable.

Salió, en efecto, del castillo, dejando á D.^a Guiomar y los
suyos que le siguieran defendiendo (1), y él, entre tanto, con

(1) La descripción de la defensa del castillo de Mondújar, á que hace re-
ferencia el manuscrito que consultamos, se halla calcada en una información
que existe en el archivo de la Alhambra, hecha en 1549 por Francisco Carri-
llo de Guzmán, pretendiente entonces á la alcaidía del castillo de Mondújar,
y cuya información inspiró á D. Manuel Gómez y Moreno su corto artículo
con este título, publicado en la revista literaria *El Liceo de Granada*, en Octu-
bre de 1875.

sus ocho caballos y doce peones contorneó el pueblo de Mondújar, hallándolo casi desierto al parecer, pues que recelosa toda la gente y temiendo la llegada de Pulgar, de cuya venida tenían noticia, se resguardaron los más esforzados de los rebeldes en la iglesia, que hacía poco se había construído, encerrándose las mujeres, los niños y los ancianos en las casas, y repartiéndose la mayor parte de los revoltosos por los alrededores del pueblo, dispuestos á caer sobre los cristianos á una señal convenida.

Por punto distinto huían los cristianos de las furias de los infieles, y alentados por Pulgar volvieron hacia el pueblo, engrosando así el número de los acometedores de los moros.

Los cristianos creyeron loco y atrevido el intento de Pulgar oponiéndose á tan crecido número de moros, y considerando imposible la realización de aquella empresa. Pero él, cada vez más animado, no dió oídos á las desconfianzas de los suyos, y antes al contrario, teniendo en cuenta la inminencia del peligro y lo difícil de la retirada, ordenó que los caballos y algunos guardias se quedaran en una casa grande que sin gentes había á la entrada del pueblo (1), y con los suyos se situó en la plaza, cerca de la iglesia, donde les arengó excitándolos á todo trance á vencer ó morir, y proyectando después desde allí el ataque de los infieles, decidido como estaba á salvar á aquel pueblo ó perecer en la demanda (2).

Encaminóse después hacia la iglesia, y haciendo los moriscos señales de paz, intentó hablar con el Alguacil que los gobernaba y que hacía veces de alcaide de ellos, y aunque al principio dudaba éste salir del templo, donde se hallaban, logró Pulgar sacarle fuera, aunque de manera algo violen-

(1) Sobre las ruinas de aquel edificio, tan notable en la historia del pueblo de Mondújar, se encuentra hoy edificada la hermosa casa propiedad y habitación del abogado, hijo de aquel pueblo, D. José Collantes y Rodríguez.

(2) Hé aquí las palabras con que Pulgar excitó el ánimo de sus soldados: *«Amigos, para los trances peligrosos es el ánimo; mostrémosle de modo que con él y la disposición suplamos el número, que de esta suerte dejaremos ejemplo á los que nos sucedieren é imitaremos á los que han despreciado la muerte por obrar con virtud y ganar fama.»*

ta, y cogiéndole del cuello y con el puñal al pecho, le incitó para que apaciguara á los suyos, como lo hizo, y escuchase las promesas de paz y las de no violento castigo que les ofrecía.

Pintóle al moro con vivo colorido cuán aislados se encontraban en aquel pueblo, cómo se habían sujetado los de Güéjar y los de la Alpujarra, y cómo los granadinos, terminado el pasajero tumulto del Albaicín, habían vuelto á la calma, al ver que no llegaban los prometidos socorros de África (1).

Tal arenga, aun empleando en ella su palabra de que serían perdonados por aquella rebelión, no produjo efecto alguno en aquel moro, que recelaba del capitán cristiano y que, confiado en el excesivo número de los suyos, creía seguro el vencimiento. Entonces Pulgar le excitó nuevamente con la tranquila calma que revelaba en todos los actos de su vida, haciéndoles comprender que nunca los cristianos hubieran violado la paz establecida, y que ellos y sólo ellos eran los responsables de la conquista de aquellos reinos (2).

Tampoco hizo efecto alguno esta segunda alocución de Pulgar en el moro. Y entonces éste, cansado ya de los medios pacíficos que había empleado y viendo que ya los moros salían á defender á su caudillo, dióle al Alguacil un certero

(1) Véanse las primeras palabras que dirigió Pulgar á los amotinados: «Les pidió, ante todo, que se sosegasen; les antepuso su tiranía en amotinarse, la pérdida de su libertad, el engaño de intentar defenderse sin esperanza de conservarse, la crueldad de poderse destruir sin poderse recabar; que el Rey no les ha dado causa para su inquietud; que por esto les faltan las armas de la razón y justicia; que en ella manifestasen sus quejas y serian oídos y remediados; que mirasen que el resolverse y arrepentirse en casos tan arduos andaban juntos; que eran sospechosas sus trazas para encubrirlas y flacas sus fuerzas para puestas en ejecución contra un poder tan fuerte como el de su Rey, de cuya parte les pedía el sosiego y ofrecía el perdón, y para que le admitáis tened presente que es Pulgar quien os le asegura.»

(2) Ésta fué la segunda alocución de Pulgar al moro Alguacil, jefe de los moriscos rebeldes de Mondújar: «La causa de vuestra resolución sólo es dar color á vuestra rabia, sin otro motivo que el pesar interno de que poseamos justamente lo que habéis poseído, tiranos tantos siglos. Este reino y su conquista no la ocasionó el odio ni la codicia de vuestros bienes, sino vuestra injusticia en quebrantar la paz tomando á Zahara y nuestra justificación por la oposición de la ley. Si ya os deja la falta que seguís, pudiendo concluir con todo esto, ¿qué buscáis? ¿Redención? Pues seréis perdonados.»

golpe de puñal en el pecho que le dejó cadáver, y en el entre tanto, el héroe cristiano, á la cabeza de los suyos y espada en mano, fué haciendo una hábil retirada hacia las últimas casas del pueblo, donde estaban los caballos y algunos cristianos, salvándose milagrosamente de aquella avalancha de enemigos que tan fieramente le acometían.

Llegaron á la casa referida y allí se encastillaron, resueltos á morir antes de entregarse, y no sin que oportunamente, aprovechándose Pulgar de aquellos momentos de confusión y estruendo, enviase á uno de sus adalides de más confianza para que recatada y cautelosamente llegase á los llanos que median entre el Padul y Alhendín, donde creía se encontraban refuerzos del ejército cristiano, con el fin de que viniesen algunos jinetes y peones en su socorro.

Sería imposible describir la situación angustiosa de Pulgar y los suyos, encerrados en aquella casa y rodeados de una turba de fieros muslimes, que sólo ambicionaban apoderarse vivos del capitán cristiano y de los que le acompañaban. Para ello no olvidaron medio alguno, y ya las continuas acometidas, ya la eterna algazara alrededor de aquella casa, ya el intentar prenderle fuego, todo lo pusieron en práctica para ver de vencer la dura energía de los héroes cristianos.

Pero todo fué en vano. La entereza de Pulgar é inaudito valor de sus soldados venció á sus acometedores. Pero llegada la noche, y envuelto el pueblo en las más densas tinieblas, aumentóse más y más el inminente peligro de los sitiados, excitando su ira, y no parando en toda aquella terrible noche de arrojar contra los moros piedras, maderas y cuanto podía causarles daño, evitando sobre todo que se acercasen á la casa y la incendiasen como pretendían.

Por fin pasó aquella eterna noche de eternos sufrimientos y de continuo batallar, y al amanecer, y cuando lo creían todo perdido é imposible por más tiempo su tenaz resistencia, presentóseles de improviso á los cristianos la señalada prueba de realizarse la esperanza con que tanto soñaban.

Por un lado el Conde de Tendilla y Gonzalo Fernández de Córdoba, recelando de la tardanza de Pulgar y temiendo le ocurriera algún grave peligro, le enviaron 100 soldados en

su socorro, y por otro lado Pedro de Zafra, llegando por la noche desde Córdoba, para proteger el del castillo de Mondújar, que tan heroicamente defendía su esposa, desconcertaron ambos refuerzos á los moros, que en su ciego furor abandonaron el cerco de la casa donde estaba Pulgar, y huyeron del pueblo á las escabrosidades de la sierra, donde tenían á buen recaudo sus familias, no sin que antes, en su satánica rabia, pegasen fuego á la iglesia que les había servido de asilo, y en cuyo edificio hoy día se notan en el techo señales inequívocas de aquel incendio (1).

Con el refuerzo del Conde de Tendilla y de Gonzalo de Córdoba, quedó desde luego tranquilo el pueblo de Mondújar y en completa posesión del mismo por los cristianos. Pero entre tanto, y en aquella aciaga noche, había ocurrido una triste escena al pie de los muros del castillo de Mondújar. D. Pedro de Zafra, protegiendo á su mujer que le defendía, y sin ser conocido de ésta, trabó rudo combate con los sitiadores, muriendo él y los suyos ante las almenas del castillo, levantándose por los moros el cerco al día siguiente, cuando el socorro de Mondújar, y huyendo á los desfiladeros del puente de Tablate, para hacerse allí fuertes contra los cristianos.

D.^a Guiomar de Acuña, una vez levantado el cerco del castillo, fué acompañada por Pulgar hasta cerca de Dúrcal, donde la entregó á D. Alonso Téllez, señor de Alcaudete, que venía en su busca, siendo conducida ante D.^a Isabel, de cuyos labios oyó la desgraciada muerte de su esposo, que hasta entonces ignoraba, recibiendo muchos consuelos, grandes favores y mercedes y la alcaidía del castillo de Mondújar para su hijo D. Francisco de Alarcón, cargo que desempeñó él y algunos de su familia, perdiendo el castillo de Mondújar toda su importancia algunos años después, toda vez que de él no se hace mención en el levantamiento de los moriscos

(1) El autor de esta obra, que nació accidentalmente en el pueblo de Mondújar, ha podido ver en más de una ocasión las señales de este incendio en la iglesia de dicho pueblo, cuyo artesonado á la entrada del templo es completamente distinto, y de construcción al parecer posterior á la de la parte del altar mayor de dicha iglesia.

en 1568, y quedando más tarde completamente destruído, como hoy se encuentra.

De este modo terminó la algarada de Mondújar, y llegando después de sus soldados Tendilla y Gonzalo de Córdoba, dejaron, de acuerdo con Pulgar, el suficiente número de soldados para custodiar al pueblo, y volviéronse unos á Granada y otros á la población de Güéjar, donde los moros rebeldes, tenaces en su rebeldía, no permitieron rendirse, siendo pasados á cuchillo todos sus moradores que hicieron resistencia, y terminando así esta primera rebelión de los moriscos.

La intervención de Hernán Pérez del Pulgar en la hazaña de Mondújar tiene su comprobación, prueba y elogio en varios documentos que aún hoy día se conservan, y donde consta la certeza de los hechos realizados por el capitán cristiano; de entre ellos, el testimonio judicial de la ascendencia, hechos y servicios de Hernán Pérez del Pulgar es el que describe con más detalles este suceso, y el que por sus condiciones de testimonio judicial merece más crédito para la historia (1).

(1) Dice así el referido documento: «*Y asimismo de público y notorio, por la dicha información consta que después de entregada la ciudad de Granada, los moros que quedaron en aquel reino quedaron muy disgustados, y que tomando voz de que las justicias y soldados los oprimian, se levantaron el año de 1499, particularmente los de Albaicín y Alpujarras, entre los cuales fueron los más resueltos Güéjar y Mondújar; y que habiéndose sosegado, el Conde de Tendilla pasó á Güéjar, desde donde dió orden al dicho Fernando del Pulgar que con algunos caballos y peones pasase á Mondújar, cuyos moros habianse recogido á la Iglesia, echando á los cristianos del lugar, en número de más de 200, dejándolo desierto; púsolo, en efecto, el dicho Fernando del Pulgar, y llegó á la Iglesia, y no pudiendo quietarlos, por ser muchos y pocos los cristianos, procuró divertir al Alguacil, que era su gobernador, y pidió se llegase á la puerta, habiendo dejado los caballos en una casa; y cuando le pareció tiempo á dicho Hernando del Pulgar echó mano al cuello del Alguacil, y poniéndole un puñal al pecho le ofreció su muerte si no sosegaba su gente, el cual lo ofreció, mas no pudo reducirlos, antes saliendo los moros, dieron sobre los cristianos, en cuya refriega el dicho Fernando mató al Alguacil y se retiró á la casa donde tenían los caballos, donde se atrincheró y donde los moros no le dejaron sosegar toda la noche, pretendiendo horadar la casa por muchas partes para matarle, lo cual, sabido por el Conde de Tendilla y Gonzalo Fernández de Córdoba, enviaron 100 soldados de socorro, con el cual los moros huyeron y quedó quieto el lugar.»*

Cuando se concedió á Hernán Pérez del Pulgar el castillo del Salar y se dió la Real cédula de su concesión, se menciona también, entre otras hazañas del capitán cristiano, la entrada y sosiego del pueblo de Mondújar (1).

Finalmente, el escritor Jerónimo Ramiro, en sus admirables versos latinos, no deja también de mencionar esta memorable hazaña de Pulgar, como la última que por entonces llevó á cabo en su larga y memorable vida de guerrero.

Después de la hazaña de Mondújar y hasta su intervención cerca de Carlos V, y ya en edad avanzada, en la acción de Fuente-Rabía, poco ó nada sabemos que pueda añadirse á los hechos heroicos que realizara hasta esta fecha, pues que sosegado el reino granadino, y retirado Pulgar, unas veces al Salar, otras á Loja, y algunas temporadas en Granada y otras en Sevilla, dedicóse particularmente al cultivo de la literatura y á sus propios negocios, haciendo unas veces la vida de la corte, y viviendo otras del esplendor y grandeza de sus empresas pasadas.

Pero aunque de ahora en adelante no se conocen más empresas guerreras de Pulgar, no escasean, sin embargo, otras hazañas en su vida íntima y de súbdito fiel de los Reyes Católicos, cuyas hazañas le acarrearón tan grande prestigio y merecido renombre como las alcanzadas en el campo de batalla.

De entre todas ellas referiremos una que prueba la grandeza de ánimo de este héroe, y que á la vez determina su inquebrantable propósito de estar siempre dispuesto á seguir en toda ocasión la azarosa vida de soldado.

Hacía seis días que habíase ganado la ciudad de Alhama, cuando entró en ella el esforzado Hernán Pérez del Pulgar, y con tal fortuna auxilió á la gente que la guardaba, que en premio de estos primeros servicios le repartieron á Pulgar, entre otras cosas, 150 yugadas de tierra, cuya donación fué confirmada por los Reyes Católicos, y fueron el

(1) En la Real cédula de concesión se encuentran estas palabras al pie de la misma y al suscribirla el secretario de los reyes: «*Merced á Pulgar del castillo del Salar. Prometiósela V. A. por lo de Güéjar y entrada en Mondújar.*»

fundamento de los actuales señoríos de Dedil y Jayena.

Once años poseyó el hazañoso capitán estas tierras. Y no todas, porque diez yugadas las había vendido á D. Luis Manrique, en el espacio que medió de 1484 á 1495.

Ya por entonces, poblada Alhama, repartida y defendida, había comenzado á levantarse la envidia en contra de Pulgar, y bajo pretexto de haber en el ejército guerreros esforzados que no habían podido obtener recompensa por sus proezas, en tanto que al alcaide del Salar se le habían concedido sin limitación alguna. Y llegó á tanto el pernicioso influjo de esta pasión bastarda, que se atrevieron á decir al Rey Católico que, habiendo repartido á uno solo tanto en Alhama, no quedaba para los demás, y se dificultaba más su población,

Con esto faltaron aquellos guerreros á la verdad, pues que en 1495 no había dificultades para la población de Alhama; pero excitaron de tal modo el ánimo real, que D. Fernando procuró se hiciese comprender á Pulgar cuán necesario le era que devolviese sus tierras de Alhama y pidiera su equivalencia, dando con esto motivo á que apareciese con uno de los rasgos más característicos el hazañoso Pulgar y revelara el gran temple de su alma y la nobleza de su condición.

Tranquilo se hallaba Pulgar en los alcázares de la Alhambra, á principios de 1494, cuando supo por boca del Conde de Tendilla que los Reyes le ordenaban que devolviese, para repartirlos, los heredamientos y bienes que se le habían dado en Alhama, si es que esto era de su agrado y aceptaba por ello la oportuna compensación.

No vaciló Pulgar un solo instante en presentarse á los Monarcas católicos, y con la ruda franqueza que le caracterizaba les dijo: «*Ninguna detención habrá, poderosos señores, en volveros lo que me disteis; quisiera hubiera sido ofrenda voluntaria, y que no fuera restitución, lo que yo os ofrezco.*»

Los Reyes aceptaron agradecidos la oferta del capitán más mimado del ejército, y obligándole á que pidiera una nueva merced á cambio de lo que cedía, él, con el gracejo que le era característico, pidió «*la propiedad y posesión de todos los*

molinos de la ciudad de Tremecén,» ya que por entonces pensábase en extender nuestros dominios por aquella parte del África.

Maravillados quedaron los Reyes ante esta heroica manifestación de Pulgar, que en aquellos momentos pudo haber pedido una amplia compensación de sus propiedades de Alhama, ya en la misma ciudad de Granada ó en el dilatado campo de su vega.

Vuelto de su estupor el Rey Católico, arguyó á Pulgar no ser posible concederle en aquellos momentos lo que pedía, toda vez que Tremecén no pertenecía á los dominios españoles. Pero esto no le desconcertó en manera alguna, porque con su arrogante orgullo manifestó al Rey que tomaría posesión de ellos cuando perteneciesen á su corona, una vez que la guerra de África diese los favorables resultados que se esperaban.

Así se le concedieron los molinos de Tremecén, cuya concesión tenía Pulgar en tan alto aprecio y que tanto le realzaba, mostrando al desnudo su carácter y realizando quizá con este acto uno de los hechos más hazañosos de su vida, presentándole, no abatido por la codicia, ni turbado por la emulación, ni alterado por la envidia, antes, al contrario, mostrando siempre sus actos y sus palabras como modelo del más grande desprendimiento y de la más correcta lealtad (1).

Esta concesión de los Católicos Monarcas fué más tarde ratificada por su nieto el Emperador Carlos V, no sin que permitiese á Pulgar que estos molinos de Tremecén, que como título de honor tanto apreciaba, fuesen incorporados á perpetuidad en el mayorazgo del Salar y siempre permanecieran unidos á los bienes que eternamente poseyeran los descendientes de Hernán Pérez del Pulgar.

La Providencia se encargó más tarde de que fuese una verdad esta concesión de los molinos de Tremecén á la familia

(1) En 9 de Abril de 1494, los Reyes Católicos, desde Medina del Campo, concedieron por su Real cédula á Hernán Pérez del Pulgar y á sus sucesores la propiedad de todos los molinos que son é por tiempo fueron en el reino é ciudad de Tremecén.

de Pulgar, pues que en 1543, en la expedición de los españoles al África, fué tomada efectivamente la ciudad de Tremecén, y asistiendo á ella el hijo de Hernán Pérez del Pulgar, que llevaba su nombre, requirió al Conde de Alcaudete, que era su jefe superior, para que le diese posesión de los referidos molinos, á lo que se negó el Conde bajo pretexto de ir á colocar en aquel trono á un reyezuelo que se sometía incondicionalmente á nuestra nación; y entonces el hijo del hazañoso capitán de nuestra historia tomó posesión de los referidos molinos ante suficiente número de testigos, levantando acta de este suceso, que más tarde le sirvió de fundamento para la ordenada petición que hizo después en Loja en 1565, justificándose siempre que pertenecieron dichos molinos al mayorazgo del Salar, y pregonándose todos los años el arrendamiento de los mismos delante de las puertas de los señores de Pulgar, en Granada, como prueba inequívoca de corresponderles á perpetuidad dichas propiedades en África (1).

Esta hazaña de voluntaria cesión de sus propiedades de Alhama y aceptación de la propiedad honoraria de los molinos de Tremecén es uno de los hechos más gloriosos de la vida de Pulgar, y una de las hazañas que más inmortalizan su nombre como soldado y como caballero, pues si como guerrero supo conquistar aquellas tierras con su férrea espada, su lealtad de caballero y el acrisolado respeto á sus Reyes supo colocar estos bienes á los pies del trono para que con ellos se premiasen los servicios de sus camaradas.

(1) De todos estos hechos constan informaciones existentes en el archivo de los Marqueses del Salar, y de ellos se apoderó la fantasía popular llevándolos al teatro y haciendo mención de estos sucesos en la comedia de Lope de Vega y en la muy popular que todavía se representa con el título de *La toma de Granada*. El Sr. Martínez de la Rosa, aludiendo á la expedición de los españoles á África, confunde la del 1543, en que estuvo el hijo de Hernán Pérez del Pulgar, con la efectuada anteriormente en 1508, y se inclina á creer que Pulgar el de las hazañas fué el que estuvo en África, y no su hijo, lo cual es incierto por la confusión de fechas y porque en la expedición de 1508 no hay memoria alguna de que asistiese á ella Pulgar, así como está plenamente justificado que su hijo asistió á las órdenes del Conde de Alcaudete y como capitán á la de 1543.

Y aquesta hazaña tiene no sólo la confirmación popular de la tradición y de la leyenda, sino que también la general de la historia.

Á más de estos justificados datos que obran en el archivo del Salar y en el de Simancas, está también la cláusula última de la fundación de su mayorazgo, en que arrancando de la concesión de terrenos en la ciudad de Alhama, se especifica más tarde su devolución á los Reyes, y la concesión que éstos le hicieron en cambio para cuando se ganasen los molinos de Tremecén (1).

(1) Dice así la referida cláusula: «Otro sí: Por quanto los Católicos Reyes don Fernando é D.^a Isabel, que son en gloria, me hicieron merced de ciento y cinquenta Yugadas de tierra en la Ciudad de Alhama é su término, cada una Yugada de las fanegas de sembradura que son, en el Andalucía y Campiñas della en equivalencia é satisfacción de servicios que los fice en la guerra de este Reyno de Granada, según se contiene en el privilegio que dellas me mandaron dar firmado de sus Reales nombres, é refrendado de Fernando Álvarez su Secretario, fecho en Alcalá de Henares á 18 días del mes de Febrero año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de 1486. É así fecha la dicha merced é tomada la posesión de las dichas tierras: Sus altezas mandaron poblar la dicha Ciudad de Alhama de vecinos para el repartimiento de las cuales fueron necesarias las dichas tierras que assí por Sus Altezas me fueron dadas. É por su mandamiento me fueron tomadas las ciento y cinquenta Yugadas dellas equé dellas me mandaban hacer equivalenci pago, é satisfacción; porque sin las dichas tierras no se podía avecindar la dicha Ciudad, por pago de las cuales dichas 150 Yugadas de tierra pedí é supliqué á sus Altezas me hicieren merced de todos los molinos de la Ciudad de Tremecén que es en África, de que en buen hora se ganase, la cual merced, me hicieron é otorgaron por su carta firmada de su Real nombre é refrendada, de Joan de la Parra su Secretario, fecha en Medina del Campo 9 días del mes de Abril de 494 años, por ende digo, por esta carta que en cualquier tiempo que la dicha Ciudad se ganase se procure de haber del Emperador é Rey nuestro Señor, ó de otro su subcesor, ó su capitán, los dichos molinos de la dicha Ciudad de Tremecén, los cuales se hayan y tengan por bienes de Mayorazgo. É si ganándose la dicha Ciudad é no dando todos los dichos molinos al sucesor de este Mayorazgo, por esta carta doy poder cumplido al dicho Fernando Pérez del Pulgar mi hijo, ó al que el dicho Mayorazgo poseyere para pedir é suplicar á la Alteza ó Magestad que la dicha Ciudad tomase mande pagar el valor de las dichas 150 Yugadas de tierra, pues por el dicho privilegio de merced dellas y en otras escrituras y cartas de sus Altezas que junto con el dicho privilegio es tan severa é la gran razón é causas que sus Altezas hubieron para medar é facer merced de las dichas 150 Yugadas de tierra é lo que así recobrare hubiere en pago dellas vale, sea habido y tenido por bienes de Mayorazgo con las cláusulas que en todo lo susodicho de verbo ad verbum escritos para siempre jamás.»

Y por si algo faltase para conmemorar el largo tiempo que la familia de Pulgar vivió el privilegio de estos molinos, la información hecha por Fernán Pérez del Pulgar, hijo del de las hazañas, en Loja á 25 de Enero de 1565, prueba hasta la saciedad no sólo la cierta existencia de esta concesión, sino también su origen, por el reparto de tierras en la ciudad de Alhama, y su devolución á los Reyes, por exigencia de éstos, y para poder premiar con ellas otras acciones de guerra (1).

Por último, existe y ha existido por largo tiempo entre los moros habitantes en la ciudad de Fez una tradición que el licenciado D. Tomás Pérez de Moya, natural de Loja, oyó en Madrid á un moro principal, entonces esclavo entre nosotros, referente á la pérdida de aquellos reinos y su conquista por los cristianos, debiendo ser algún día los molinos de Tremecén propiedad de un caballero andaluz de la *casa de Pulgar* (2).

*
* *

(1) La información que Fernando Pérez del Pulgar, capitán de nuestros ejércitos é hijo del de las hazañas, hizo en Loja á 25 de Enero de 1565, lo fué ante el escribano público de ella Pedro de Ávila, siendo Corregidor de la misma el Dr. Juan de Alanís, y cuya información comprendía los siguientes extremos: «De cómo el hijo de Hernán Pérez del Pulgar acompañó al Conde de Alcaudete como capitán en su primera jornada á Tremecén, llevando allí el privilegio de los molinos para tomar posesión de ellos; requiriendo al Conde para que le diese la citada posesión, y negándose éste fundado en que no lo podía hacer porque tenía que restituir la ciudad y todo lo en ella comprendido al rey Muley-Baudallá de que estaba despojado.» También comprendió «de cómo éste y otros papeles perecieron y se destruyeron en la segunda jornada á Tremecén, en la que quedó cautivo Fernando Pérez del Pulgar y su hijo, nieto del de las hazañas.» En esta información juraron testigos de vista, no sólo del reparto de las 150 yugadas de tierra en Alhama, sino también de haber visto y hecho el privilegio de merced de los molinos de Tremecén, y tener noticias de la desaparición de estos documentos en África.

(2) Véase la tradición que refería en el siglo XVII el licenciado D. Tomás Pérez de Moya, natural y vecino de la ciudad de Loja, y certificado por él mismo: «Abderraman-Ben-Geril, natural de Argel, hombre de mucha estimación en aquella ciudad por ser del Turbante verde, que se precian de descender de Mahoma, esclavo que fué de D. Jerónimo de Góngora, del Consejo y Cámara de Castilla, el cual se huyó desde Madrid y se embarcó en Marsella,

Hasta aquí hemos relatado con el posible detenimiento la vida guerrera de Hernán Pérez del Pulgar. Ahora procuraremos estudiarle en el interior de su casa y disfrutando de todos los encantos de la vida doméstica, arrancando esta narración del año 1485, en que, ya *continuo* de los Reyes y poseedor de sus primeros repartimientos en Alhama, pudo pensar en formar una familia, llevando al interior de su morada el contento y la alegría, como llevaba en los campos de batalla, pendiente de su férrea espada, la desolación y el espanto de la morisma.

FRANCISCO VILLA-REAL.

(Continuará.)

residiendo en Madrid me dijo (habla el licenciado Pérez de Moya) que tenían tradición de sus mayores los moros de Fez, que se había de perder aquel reino y que los molinos de aquella ciudad habían de ser de un caballero andaluz, de la casa de Pulgar.»





SOMBRAS

I

No te quejes, lanzando así á los vientos
tus reproches amargos;
la humanidad prefiere que la alegren
con risas y con cantos.

En la mundana orgía, te pareces
á la sombra siniestra
de Banquo, perturbando la alegría
de cortesana fiesta.

Pero si el fuerte Macbeth, otro tiempo
rióse al contemplarla,
hoy las gentes riéranse al mirarte
trocado en un fantasma.

Y es en vano que cuitas y pesares
y lágrimas alegues;
el fantasma serás, inexplicable
para la humana gente.

Interrumpe tu lúgubre tristura
y siéntate á la mesa.
Haz lo que todos hacen, y la copa
del rojo vino llena.

Si lloras, que tus lágrimas recoja
el ánfora dorada,
y ríe, que parezca que la risa
es la que las arranca.

Si no lo haces así, tal vez el mundo
de muerte te persiga,
y como en otro tiempo á los leprosos,
se goce en tu agonía.

Y acaso al son de báquicas canciones
y roncós alaridos,
apedree tu cuerpo y te eche luego
en una zanja al borde del camino.

II

Surgió del infecto
y oscuro pantano,
surgió de la densa neblina que se alza
del húmedo charco.
Letal infusorio,
mortífero átomo,
del légamo inmundo pasó á los serenos
azules espacios.
Y al ver confundidos
del sol en un rayo
menudos insectos, atómicos seres
de cuerpos dorados,

con ellos mezclarse
 soñó el insensato
 que surgió de la densa neblina
 que se alza del charco.
 Y apenas sus alas
 batió, revolando
 en las hebras doradas que envía
 el sol de lo alto,
 cególe el destello
 del vívido rayo,
 y de nuevo cayó..... no en las sombras
 del negro pantano.
 Cayó sobre el mundo,
 cayó despiadado,
 en sus alas llevando la muerte,
 llevando el estrago.
 No tuvo su saña
 ni paz ni descanso,
 y la muerte llevó á las ciudades,
 aldeas y campos.

.....
 ¡Cuántos infusorios
 del negro pantano
 del mundo, surgieron envueltos en nieblas,
 mortíferos átomos
 que van por doquiera
 llevando el estrago
 en el virus de infame calumnia
 que manan sus labios!

MANUEL AMOR MEILÁN.





¿VERDES Ó NEGROS?

CARTAS LITERARIAS

CARTA V

A Alfonso Tobar.

Tobar amigo: Mis sueños eran ciertos..... «Dios pintó de negro las razas malditas, la conciencia de los malvados, el corazón de los verdugos, la toga de los jueces, la intención de los condenados, los ojos de la lujuria, las nieblas de la noche y los ropajes de la muerte.»

Pero la revelación supranatural con que di comienzo á estas cartas era deficiente: tú me dices que negras son también las hopas de los ajusticiados, las arenas que cubren la tumba de madre querida, la desolación del campo en el invierno y la desesperación del que espera en la orilla al naufrago infeliz que nunca ha de volver.

¡Qué triste es el negro! Y, sin embargo, en el negro hay poesía, porque la poesía no es más que la conversación de un alma de artista con la realidad muda é inerte.

Hay poetas de lo negro: Jeremías, Sué, Edgard Pöe. Hay poetas que conversan con el cielo y el campo, la diafanidad y la placidez: Teócrito, Virgilio, Garcilaso. Hay genios águilas que se elevan sobre lo tenebroso y lo trasparente, sobre el negro, el verde y el azul: Homero, Víctor Hugo.

Yo te quiero bien y no puedo permitir que formes en el grupo de los desesperados. El dolor, aun siendo sublime, es dolor al fin.

Quiero que goces con la calma y te entristezcas con la tempestad; quiero que la pradera te deleite y el cementerio te oprima; quiero que la fe te entusiasme y la desconfianza te horrorice; quiero que esperes y te prohíbo que temas.

Lo negro, para ponerse en contacto con el artista, necesita vestirse de verde. El campo-santo nos horrorizaría y acabaría por alejarnos si no estuviere cubierto de cipreses. ¿Sabes lo que es el ciprés? Un árbol funerario; una transacción entre la vida y la muerte, entre lo verde y lo negro; tiene las raíces en la tumba y la cúspide mira al cielo; se levanta de la podredumbre y mira á las nubes; el tronco es seco como un esqueleto; la copa, apretada como un dogma. Es una pirámide color verde-muerte que se desvanece en la sombra para prometer otra vida.

La tempestad en el mar es también negra; pero la admiramos porque conserva tonos verdes. El aire se turba, el cielo se oscurece, la tierra se conmueve; las costas, temblorosas, contemplan asombradas las montañas de espuma; el sol se oculta porque no quiere ser cómplice de los crímenes de las olas; los peces buscan asilo en los huecos de las peñas; las algas arrancadas del profundo flotan despechadas entre el vaivén horrible, que las lleva desde el abismo á la superficie y desde el fondo á la espuma. El espectáculo es hermoso, el tono general del gigantesco cuadro es verde-cieno, pero verde al fin. Si el mar fuese de tinta y el cielo de carbón, las tormentas del Océano no serían hermosas.

¿Qué es la Tierra? ¿Qué es este globo en que vivimos y lloramos? Es una molécula material formada de tres átomos de agua y un átomo de arcilla. Por eso las más terribles conmociones del planeta son miserable soplo que agita cenizas mezquinas.

El infinito es el espíruru.

Y el cristal más bello para admirar un alma son los verdes ojos de una mujer rubia.

Sí; la mujer es lo más perfecto; y la más hermosa de las

mujeres es la rubia, y la más adorable de las rubias es la que tiene los ojos de esmeralda.

Yo no he dicho que el hombre sea el más acabado de los organismos, en el sentido en que tú finges entenderlo.

Me explicaré:

Bajo la palabra «hombre» se comprenden dos seres; uno delicado, semi-divino, formado de nácar, oro y esmeralda, se llama «mujer,» *mulier, mollis*, muelles, suave, blando, dulce, apacible, sonriente, verde; otro se llama «hombre,» *homo, humus*, tierra, despojo, muerte, negro.

Cuando hablo de perfección y digo «hombre,» debes entender «mujer,» y cuando hablo de «mujer,» debes entender náyade, ondina, Minerva, Venus de ojos verdes.

Yo no dudo que Venus tuvo las pupilas de este color, pues la diosa de la hermosura, surgiendo de las ondas del mar allá en las riberas del Jónico, en plácida mañana de primavera, no pudo elegir para sus ojos sino cristales transparentes de aquellas aguas á que debía el ser..... Y Eva fué también de ojos de esmeralda.

Voy á demostrarte esta verdad con un epiquerema basado en principios tuyos:

La manzana y la serpiente eran verdes porque fueron destinadas á la tentación.

La tentación es hermosa porque es el anhelo de lo prohibido.

Luego Eva tenía los ojos verdes porque Eva era hermosísima, por ser hechura directa del Altísimo.

He de advertirte, para prevenir tu maledicencia, que la serpiente era entonces un admirable animal con alas brillantes y tenues como los caballitos del diablo y con piernas ágiles y recias como las garras del dragón. Después Dios la castigó y le quitó las alas para que no surcase los aires, y los pies para que no saltase en los prados. *Reptabis super pectum*, dijo el Omnipotente, y el pobrecito animal se arrastró contra el cieno y se estará arrastrando hasta que el todo vuelva á la nada, el verde al negro y la luz á las tinieblas.

La historia de tu afición á lo negro oprime mi pecho, aturde mis sienes y me entristece el pensamiento. Eres muy desgraciado y sufriste muchas penas; pero eres hombre, y el hom-

bre debe estar en el mundo como está en la costa la peña que insulta al viento y á la ola, á la tempestad y el torbellino; el hombre debe pasar por las impurezas de la vida como pasa el armiño por los lodazales sin manchar su níveo y regio manto de pieles; el hombre debe penetrar y arder en la hoguera de las pasiones como arde el ave-fénix sin convertirse en cenizas.

Tú mismo lo has dicho en un hermoso cantar:

¿Caíste? Pues á luchar.
 ¿Ya luchas? Pues á vencer.
 ¿Venciste? Pues á pensar
 en no volver á caer.

Yo todavía no he caído, porque me mantiene suspendido en sus alas sobre los abismos de la vida el amor santísimo de mi buena madre.

Pero también las tristezas me visitaron, y el día que lleguen á separar el verde ramaje de esperanzas que llena mi corazón, encontrarán allá adentro, muy adentro, una herida negra, que es el recuerdo de la muerte de mi padre. No echaron oscura tierra sobre el adorado cadáver, sino que lo encerraron en nicho de cristiano camposanto en las orillas del mar; aquel angosto recinto está sellado por una piedra blanquísima y pura como la conciencia del que duerme allí eterno sueño; en esta piedra están esculpidas letras doradas, porque las lágrimas de la viuda y las de los huérfanos se convierten siempre en epitafio de oro cuando caen sobre la tumba querida del esposo y del padre.

En aquel sepulcro, donde yace en el suelo lo único que me resta de la sombra amorosa que desde el cielo guía mis pasos, crecen esas raquíticas plantas, lúgubres y humildes, que se alimentan en los cementerios con rocíos de llanto y brisas de oraciones y quejidos..... ¡Alfonso! ¡Alfonso! No ames la inerte tierra que cubre los restos de tu madre; ama mejor las yerbecillas de la fosa que son hermanas tuyas, porque se alimentan con la sustancia misma que te dió el ser y llevan quizás en su aroma un hálito del espíritu de aquel ángel de bondad que te nutrió en su seno.

Ya ves, amigo, que también tengo penas, también entiendo

la poesía del negro; pero me ajusto á la mente divina y amo el color de la Esperanza y adoro el vegetal, fuente de vida y amable compañero de la muerte.

Prefieres el negro, dices, porque el negro es la oscuridad y la oscuridad encubre la miseria. Yo no quiero llagas encubiertas; yo no quiero el cáncer en el antro; yo prefiero las bestias feroces á los ocultos entozoos; aparezca la miseria y troquémosla en la abundancia; luzca el laurel de la victoria en la frente de los pensadores, y sonría la Paz á todos los hombres.

Cubra el olivo todas las puertas, llénense los campos de verdores y los graneros de frutos de oro. El rayo purísimo de promisoro luz que alumbra los ojos de la virgen que adoro inunde el Cosmos y lo colore con resplandores verdes de más felices auroras.

Tú estás enamorado de los negros iris de una morena. Yo no puedo entender esto, que califico de extravío de tu sentimiento; y, si no temiese alargarse esta carta, te escribiría alguno de los inmensos arcanos que me reveló la esmeralda y que espero utilizar en la próxima que te envíe.

Esperando que moderes tu orgullo y vengas á iniciarte en la poesía del espectro, queda siempre tuyo

LEOPOLDO PEDREIRA.

Madrid 2 de Noviembre de 1890.

CARTA VI

A Leopoldo Pedreira.

Decíate yo en mi anterior, queridísimo Leopoldo, que «las cosas más frecuentes son las menos interesantes y que siempre se prodiga lo que menos vale.» El color verde, ese color que tú amas tanto, es..... ¿me atreveré á decirlo?.... es..... relativamente vulgar. Perdóname.

Dios, que no puede equivocarse, quiso para albergue de sus criaturas un mundo de topacios, rubíes, ágatas, granates, corales, amatistas, zafiros, turquesas, esmeraldas, brillantes y

perlas. Á cada una de estas piedras preciosas le señaló una misión en el planeta: de amatistas y granates serían las nubes; de ágatas, rubíes y zafiros, los frutos sazonados, las plumas de las aves y los matices de las flores; de corales y topacios, la luna y las estrellas; de esmeraldas, los lagos y los árboles; de turquesas, el cielo y el mar.

El Supremo Hacedor reservóse el brillante y la perla, sus *joyas* favoritas. Amaba á las dos de igual modo y decidió hacerlas *reinas* de la Creación; pero, aunque la perla y el brillante se amaban, llegaron á envidiarse; entonces Dios las separó para siempre. Vistió el día de brillantes y la noche de perlas. Les permitió verse un instante para que pudieran admirarse, y nació el crepúsculo, esa hermosa hora en que intentan reconciliarse la luz y las sombras.

El Omnipotente aún no estaba satisfecho. No podía escapar á su infinita sabiduría que el abrazo del brillante y la perla sería demasiado hermoso para el cielo. Entonces nacieron los ojos negros. La luz y las sombras se besaron en las pupilas de la mujer primera y Dios sonrió satisfecho. Por eso es brillante la mirada de los ojos negros y son perlas las lágrimas que vierten.

¡Ya ves si tus pobres esmeraldas pueden competir con mis perlas abrillantadas!....

¿Qué me importa que tú pintes de negro «la conciencia de los malvados, el corazón de los verdugos, la toga de los jueces, la intención de los condenados y las razas malditas?» En todos los colores de la divina paleta existe lo malo; únicamente así sabemos apreciar lo bueno. Por eso tras del laurel que corona las sienes del poeta se oculta el áspid *verde* que envenena sus sueños de gloria. Por eso en los verdes tallos de las flores brotan las espinas que desgarran la piel.

Sí, mi buen Leopoldo, si yo, siguiendo tu ejemplo, quisiera ensañarme contra tu color favorito enumerando cosas verdes que pasan de *castaño obscuro*, te diría: mira; las publicaciones pornográficas, los viejos sátiros y las víboras están pintados de verde; pero no quiero martirizarte, y me abstengo de hacerlo aunque no sea más que rindiendo culto á la sincera amistad que te profeso.

Te opones á que forme yo en el grupo de los desesperados y dices: «El dolor, aun siendo sublime, es dolor al fin.» ¿Crees tú menos grande á *Goethe* que á Víctor Hugo? *Goethe* es el poeta que inmortalizó la duda, ese algo negro que se bambolea en el cerebro. Es preciso que los espíritus privilegiados que saben sentir los misterios grandiosos de la madre común Naturaleza aparten de vez en cuando sus ojos del mar y del cielo, de los verjeles y de las estrellas. Es necesario mirarnos por dentro. En el cerebro vive el pensamiento, más inmenso que el mar y el cielo, y en el corazón se alberga el sentimiento, más sublime que las estrellas y los verjeles.

Los misterios son negros, por eso son hermosos. Las minas de donde el hombre extrae el cobre y el níquel, la plata y el oro, están envueltas en tinieblas; el carbón es el alma del barco que surca majestuoso la inmensidad de las aguas, y de la locomotora que penetra en las entrañas de la sierra y salva los abismos. Negras son las alas del águila, reina de las aves, y negro el plumaje del ruiseñor, rey de la armonía. ¡Bendito sea el color negro!

Desde este *instante histórico* creo que al decir en tu anterior que el hombre era el ser más perfecto de la creación, te referías á la mujer de ojos verdes. Bueno ha sido que te expliques, pues de lo contrario nadie hubiera comprendido tu intención.

Pasemos á otro asunto.

Tú sabes, como yo sé, que nuestro padre Adam, único rey y señor de «el paraíso terrenal,» tenía á su alrededor toda clase de árboles, plantas y arbustos y, sin embargo, llegó á aburrirse soberanamente. No era el color verde, pues, el preferido por nuestro primer padre. ¿Cómo Dios, después de eliminarle una costilla, había de ofrecerle una compañera que tuviese las pupilas del mismo color que los árboles, plantas y arbustos? ¡Imposible!

En el ciprés, ese árbol que vive de la muerte, va ennegreciéndose el ramaje de abajo arriba. Empieza verde á raíz de tierra y concluye negro en la copa. Los árboles, lo mismo que los mortales, tienen la raíces abajo y arriba los frutos. Lo más hermoso del hombre es el cerebro. Lo menos siniestro del ciprés es la copa. Tal vez suceda esto porque el

cerebro del hombre y la copa del árbol están más cerca del cielo.

Debo añadir que las tentaciones son negras y no verdes, como tú las vistes, y que las serpientes no han volado jamás, aunque tú quieras divinizarlas inspirado en el verdor de sus anillos.

Seguiría escribiendo si no me esperara la sopa humeando sobre la mesa. ¿Quieres acompañarme?

Te advierto que tenemos ensalada de lechuga..... Tuyo,

ALFONSO TOBAR.

Hoy 3 de Noviembre de 1890.

CARTA VII

A Alfonso Tobar.

Mi querido Alfonso:

Niegas que Dios hiciese la tierra verde y niegas la belleza de este color como tapiz del suelo. Pregunta á los navegantes que pusieron á Groenlandia el poético nombre de *Green land*, verde tierra; pregunta á los poetas que llaman á Irlanda la Verde Erin; pregunta á los exploradores que dieron el nombre de Verdes á tres cabos de África; pregunta á Vasco de Gama, que cambió el Cabo de las Tormentas (¡mote negro!) en Cabo de Buena Esperanza, es decir, Cabo de la virtud verde.

Y he de advertirte, entre paréntesis, que no estoy muy conforme con esto de Buena Esperanza, porque todas las esperanzas son buenas y las malas se llaman temores.

Ello es que Dios hizo la tierra toda de esmeralda y que, cuando la Humanidad ve campos de este color, sonrío y reconoce su vivienda.

Las demás piedras preciosas que, según tú, contribuyeron á pintar el mundo, son sucias salpicaduras del pincel divino, abandonado ya por la mano sapientísima.

El rey del Iris es el color de los verjeles, y por eso luce en el centro del luminoso arco.

Concédeme tú estas verdades patentes y recibe á cambio la sincera confesión mía que proclama á los ojos negros nacidos de la perla y el diamante. ¡Hermosa alcurnia! La perla es la secreción de un molusco; el diamante es un carbón pulimentado.

Sí, Alfonso, has de convencerte que yo defiendo los ojos verdes con la generosa solicitud del artista y del poeta; no soy el fanático que sigue un dogma; no soy el filosofante que se apega á una tesis: soy un amigo tuyo que, dolido de tus extravagancias, te dice: levántate y mira.

Por esto no vacilaré en concederte que tienes razón en algunas de tus afirmaciones. El crepúsculo es hermosísimo, es el beso de la luz y las sombras, de lo blanco y lo negro, del diamante y la perla. Pero es mucho más hermoso el abrazo del mar y del cielo, de la Esperanza y la sonrisa, de la turquesa y la esmeralda, de lo verde y lo azul. Los ojos negros son el crepúsculo de la tarde; los ojos verdes son una aurora que se levanta en el mar.

Son inmensos como el Océano, tranquilos como el alba y están hechos de esmeraldas más transparentes que los lagos y más amables que los verjeles. ¿Por qué omites en tu carta que Dios hizo los ojos verdes con esta piedra preciosa?

Insistes en que el verde es vulgar. Yo lo niego. Lo hermoso no puede ser vulgar. El aire, que vivifica nuestros pulmones; el sol, que ilumina nuestros pasos y alegra nuestra alma; el amor, que funde en una todas las criaturas, son cosas repetidas, son cosas que observamos á diario; pero nadie se atreverá á darles el despreciativo nombre de vulgares.

Los artistas de más valía rindieron culto al color bellissimo que tapiza el suelo del planeta. Si lees con calma las obras de Cervantes, notarás que el excelso Príncipe de las letras patrias amaba con delirio el color de las esmeraldas. Cuando habla del campo, del césped, de los árboles, no dice: campo ameno, fresco césped, árboles espesos, sino que escribe casi siempre: verdes campos, céspedes verdes, verdes árboles. ¿Qué más? Cervantes dice categóricamente que este color le *recrea la vista*. Voy á copiar esta preciosa declaración, siquiera por adornar estas pobres líneas con hermoso período del primer libro del mundo:

«Ofrécese á los ojos una apacible floresta de tan *verdes* y
 »frondosos árboles compuesta, que alegra la vista y recrea el
 »oído con el dulce y no aprendido canto de los múltiples y
 »pintados pajarillos que por entre los intrincados ramos van
 »cruzando.»

Víctor Hugo llegó á transigir con los ojos negros, pero jamás amó á la mujer morena, natural poseedora de los iris de azabache. Un día quiso presentar una gitana en cierta famosa obra. Convenía á su intención de artista hacerla amable al lector; pero como no podía buscar una gitana rubia, ni comprendía una morena interesante, puso á su heroína un nombre verde: *La Esmeralda*.

Cervantes buscó un recurso parecido para hermosear su gitana: le llamó Azucena.

Tal repugnancia tenía Víctor Hugo á las mujeres morenas, que aprovecha todas las ocasiones para decir que la Esmeralda, aunque gitana, era blanca como la nieve. ¿Recuerdas lo que sucede cuando Claudio Frollo intenta asesinar á Febo? La Esmeralda va á entregarse á su audaz seductor; ha empezado á desceñirse los vestidos y está pronta á sucumbir. El abad Frollo, el desdeñado amante, se presenta puñal en mano para acabar con su feliz rival; pero antes de descargar el golpe se detiene un momento para contemplar la desnuda espalda de la gitana. El autor de *Notre Dame* sigue la mirada del codicioso amante y establece esta máxima, tan verdadera como poco favorable á las mujeres de negros ojos: «Mirando las espaldas de una rubia no se comprende que se pueda amar á una morena.»

¿Cuál era el color que prefería Garcilaso en los ojos de una mujer? El verde, indudablemente:

Flérída, para mí dulce y sabrosa
 Más que la fruta del cercado ajeno,
 Más blanca que la leche, y más hermosa
 Que el prado por Abril de flores lleno.

Una mujer blanca como la leche, y cuya hermosura recuerda la del prado, ¿de qué color tendría los ojos?

Gutierre de Cetina, el maestro del sentir delicado y del amor tiernísimo, era de la misma opinión que Garcilaso:

Ojos *claros, serenos,*
 Si de dulce mirar sois alabados,
 ¿Por qué, si me miráis, miráis airados?
 Ojos *claros, serenos,*
 Ya que así me miráis, miradme al menos.

Si los ojos que enamoraban á Gutierre de Cetina eran claros, queda demostrado que no eran negros. Y si eran serenos, claro está que no eran azules, porque los ojos de este color son muertos, parados, inertes; y no puede haber serenidad en la inercia.

Este epíteto de claros y la convicción que tengo de la fealdad de los ojos azules, me lleva á creer que Adelardo López de Ayala estaba también enamorado de unos ojos verdes; porque recuerdo que, en su famosa paráfrasis de Anacreonte, dice:

Quisiera adivinarte los antojos
 Y de súbito en ellos trasformarme;
 Quisiera ser tu alma, y asomarme
 Á las claras ventanas de tus ojos.

¡Claras ventanas! ¿Lo ves?

De Bécquer no quiero hablarte, porque es ya es muy vulgar cita tratándose de defender los ojos verdes. Todos hemos leído y releído la hermosa leyenda que lleva este título; todos sabemos de memoria aquellos versos lindísimos:

Porque son, niña, tus ojos
 Verdes como el mar, te quejas;
 Verdes los tienen las náyades,
 Verdes los tuvo Minerva
 Y verdes son las pupilas
 De las hurís del Profeta.

.....

Seguiría citando buen número de artistas insignes que vivieron enamorados de los ojos de las náyades, si no temiera

extenderme demasiado y dejar sin contestación algunos puntos de tu última que no puedo pasar en silencio.

Dices que hay cosas verdes que pasan de castaño oscuro. Á cualquiera le ocurre que pasando de castaño oscuro esas cosas serán negras. ¿Qué importa que se llamen verdes las publicaciones pornográficas y los viejos presuntuosos y las viejas lúbricas? Esto es un capricho del lenguaje, quizás una antífrasis que no puede servir de norma. ¡Figúrate tú que hay una nación donde llaman perros á las monedas de diez céntimos!

Esto dicho, réstame advertirte que anduviste imprudente buscando argumentos para defender el negro y basándolos en la importancia que tiene este color en el reino de las aves. El águila, orgullosa czarina de las especies aladas, es un déspota que vive en feudal y solitario nido, rodeada de los cráneos destrozados de inofensivos corderos y de sangrientos despojos de tímidos conejillos. Su reinado acabará pronto, porque el hombre quiere reservarse el privilegio de ser el único animal injusto y el único devorador de los seres telúricos.

El ruiseñor es negro y es rey de la armonía; pero conoce que su plumaje es más propio de la rapante águila ó del inicuo buitre; y no entona sus trovas sino en medio del verdor de los bosques.

Verde es la brillante vestidura del loro, elocuente tribuno de los volátiles; verde es la parlera cotorra, que no interrumpe en la prisión su charla gárrula, porque basta á alimentar la alegría el hermoso color de sus plumas, que acaricia con fruición cuando oculta el dorado pico bajo las alas. Verdes son los metálicos reflejos de la pomposa cola del gallo, rey de los corrales y alegría de la casa de labor. Verde es, en fin, el soberbio abanico del ave hermosísima que dedicaron los antiguos á la diosa Juno.

Te prometía en mi anterior darte á conocer los misterios que me reveló la esmeralda, y quiero cumplir mi palabra antes de terminar esta misiva. El reflejo de esos ojos negros, formados de perlas y brillantes, ciega, deslumbra, fascina, quema: la luz suave de los ojos verdes alumbra, atrae, vivifica, enamora; la pasión que producen unos ojos negros es la luz de un relámpago que conmueve un momento y que priva fá-

cilmente de la vista; luz de un instante, ceguera eterna: el sentimiento que inspiran los ojos verdes es como la impresión que causa el rayo de luna, purísima, inocente, tímida. Los ojos negros son el apetito; el deseo: los verdes el amor, la firmeza. Los ojos negros embriagan como el vino, molestan, lastiman: los ojos verdes embriagan como el amor y como la gloria, adormecen y hacen soñar.

Hay un cantar popular que retrata el amor engendrado por los ojos negros, pasión violenta y desesperada; y el amor nacido de los ojos azules, monomanía triste é incorregible. Dice así:

Si no me quieres, me mato,
Me dicen los ojos negros;
Y me dicen los azules:
Si no me quieres, me muero.

Los ojos verdes no hablan de matar ni de morir; son una promesa de felicidad eterna enviada por un ángel que sonríe. Ésta es la felicidad que te desea

LEOPOLDO.

Madrid 12 de Enero de 1891.

CARTA ÚLTIMA

Á Leopoldo Pedreira.

Querido Pedreira: No puedo más. Yo empecé esta discusión lleno de fe, de aliento, y sobre todo de buena intención. Me proponía deshacer un error que ofuscaba tu entendimiento, guiado única y exclusivamente del interés que me inspirabas, interés que se torna hoy en conmiseración, gracias á tu terquedad incalificable. Yo he luchado teniendo de mi parte la realidad y la lógica; yo he discutido ordenada y razonablemente; yo, en una palabra, he destruído uno por uno tus descabellados argumentos, y he procurado por todos los medios imaginables traerte á buen camino y curarte de esa tu extraña monomanía, que te hace ver el verde superior á todos y cada uno de los colores que embellecen nuestro planeta. ¡No

puedo más! ¿Es posible la discusión entre un hombre libre y cuerdo (yo) y otro *sugestionado* é histérico (tú)?... He perdido un tiempo precioso. ¡Cómo ha de ser!

Tú bien sabes, porque conoces la amistad que te profeso, con cuánto dolor llego á estas conclusiones; pero por muy duras que ellas te parezcan, no es posible que yo las modifique, porque son resultado de todo un proceso mental, meditado, considerado y fallado en mi conciencia, y sobre el que descansa mi corazón y mi espíritu.

Tu última carta es, amigo Leopoldo, tu último disparate, porque no puedo consentir que sigas calumniando á la Geografía, á la Historia y á las Bellas Letras.

¿Ignoras que los navegantes, por un *daltonismo* natural en quien vive sobre el verde mar, ven verdes todas las cosas? Los que no se sintieron hipnotizados por la continua presencia del verdoso elemento han dado más adecuados nombres á las regiones y á los mares. Mar Negro se llama el codiciado Ponto Euxino; Isla de Negros se llama una de las más ricas porciones de nuestro Archipiélago Filipino, y, por último, lleva el nombre de Melanesia, es decir, de *Islas Negras*, la cuarta parte de la Oceanía, una vigésima de las tierras del globo. Además, hay toda una raza de color negro, porque Dios, el Supremo artista, hizo hombres negros, blancos, amarillos y cobrizos; pero no se le ocurrió hacer hombres verdes, y únicamente creó los malasios de color aceituna para servir de aperitivo en las mesas de los antropófagos.

Ya ves que reconozco el verde donde quiera que se encuentre y que no puedes echarme en cara omisiones de ningún género. Me refiero, al hablar así, al cargo que me haces en tu anterior. ¿Por qué no digo que Dios hizo los ojos verdes con esmeralda? ¿Cómo había yo de decir una inexactitud semejante! Dios hizo los ojos verdes con otra piedra que conocemos todos con el adecuado nombre de *ojo de gato* (sin comentarios).

Claro está que no tiene nada de particular que te enamoren los ojos de estos domésticos felinos, porque estoy convencido ¡pobre Leopoldo! que has perdido el juicio por completo. ¡Mira tú que decir que te gustan los ojos color de loro!

Aparte de que el pensamiento no es original, porque ya dijo D. Francisco de Quevedo:

«Las mujeres con ojos negros son mujeres; con ojos verdes ó azules parecen pájaras.»

Y conste que Quevedo fué uno de los primeros artistas de todos los tiempos, que por lo mismo que sentía como nadie las bellezas del *ideal*, estaba en pugna constante con las deformidades de la *realidad*. Ya entenderás que esto de deformidades no lo digo por los ojos verdes. Aun cuando no me faltarían autoridades en que apoyar mi opinión de que los ojos verdes son feos, feísimos; y prueba de ello es que Horacio, el hombre de mejor gusto de la antigüedad, equipara el no tener ojos negros al ser chato ó de nariz deforme, que es la más in-noble facha que un hombre puede tener.

Tú recuerdas como yo los versos á que aludo:

.....Hunc ego me si quid componere curem,
Non magis esse velim, quan pravo vivere naso
Spectandum nigris oculis, nigroque capillo.

Creo que éstas son autoridades de buena ley, y no las que tú me citas.

Aparte que Garcilaso, Gutierre de Cetina y López de Ayala no dijeron que les gustaba el verde, sino que eres tú quien se lo haces decir. Ellos tenían muy buena lengua para expresar sus gustos y aficiones; y para convencerte de esto, bastará que te fijes en el final del soneto de López de Ayala que tú mismo citas:

«.....Mas si constante
Mi fe consigue la escondida palma,
Ni aire sutil, ni sueño penetrante,
Ni música de amor, ni ser tu alma,
Nada hay tan dulce como ser tu amante.

Ahora bien, ¿un hombre que se atreve á pedir la escondida palma, tendría inconveniente en decir *clarito* que le gustaban los ojos verdes, á pesar de parecerse á los del gato y tener color de pluma de loro?

Mal anda tu causa, Leopoldo amigo, cuando sus defensores

acuden á armas reprobadas é infames para batirse por sus ideales. Tú calumnias á los poetas, y los poetas *verdófilos* ó *verdomaniacos* calumnian al mismo profeta Mahoma. ¡Alah se lo perdone!

Vamos á la prueba.

Y dijo Bécquer:

Porque son, niña, tus ojos,
Verdes como el mar, te quejas;
Verdes los tienen las náyades,
Verdes los tuvo Minerva
Y verdes son las pupilas
De las hurís del Profeta.

Aparte que las pupilas son todas negras, y el iris es lo que varía la coloración del ojo, es falso que el Profeta ofreciera huríes de ojos verdes. El árabe no puede amar sino la mujer de ojos negros: necesita leer en la mirada de la que adora la inmensidad del desierto, el fragor del combate, la impetuosidad del corcel de guerra, el ardor del sol de los Trópicos, el horizonte sin límites de la Arabia, el abrasador soplo del *simoun* y las promesas eternas del Profeta.

Mahoma ofreció á los muslimes que cada uno de los escogidos disfrutaría por siempre en el cielo de siete huríes de ojos negros, cuya virginidad se renovaríase constantemente. Promesa de promesas, felicidad de felicidades, que precipitó el Asia y el África sobre Europa, el Islam sobre la Iglesia, los muslimes sobre los fieles.

Sí; por los ojos negros tremolaron los estandartes mahometanos en Damasco y en Jerusalén, en Alepo y en Alejandría, en Bizancio y en Córdoba; por los ojos negros flameó el alfange árabe y la lanza otomana ante las torres de Compostela y ante los muros de Viena; por los ojos negros vistieron el duro peto y se ciñeron el pesado arnés los Ricardos de Inglaterra, los Felipes de Francia y los Federicos de Alemania; y todo fué poco para detener al árabe, que buscaba su paraíso de ojos negros; y hubo de bajar del cielo la cruz santa de Sobrarbe y el santo pendón de Covadonga para detener en su carrera los atrevidos amantes de las prometidas huríes.

¿Qué más? El imperio turco se sostiene contra la ambición de Rusia porque el otomano cree que muriendo en los rosales de Rumelia ó en las ásperas estribaciones de los Kárpatos ó en las umbrosas márgenes del Danubio despierta al fin en brazos de las vírgenes de ojos negros, que el Profeta prometió á los creyentes.

Ya ves, Leopoldo, con cuánta mala fe cambia Bécquer el color de los ojos de las huríes.

Y dime, ¿no habíamos convenido en no dejar intervenir á los sabios en nuestras cosas?.... ¿Por qué me dices que el diamante es un estado alotrópico del carbón y la perla la secreción de un molusco? Esto es lo mismo que si yo te dijera que la esmeralda es un silicato de alúmina impurificado por el óxido de cromo. Ni tú, ni yo, ni los sabios sabemos lo que es cromo, ni oxígeno ni nada, y creo más conveniente que discutamos las cosas desde nuestro punto de vista, que es el más racional é inteligible.

Goethe, que como hombre del Norte no es sospechoso juzgando bellezas meridionales, se declara enamorado de los ojos negros, y de este color son los iris de Carlota, la heroína del *Werther*.

Y no es extraño que tan gran artista adorase los ojos que atraen y subyugan. Sólo de ellos pudo decirse:

Era una tarde, y en el Retiro
Brillaba puro, radiante el sol,
Cuando, de pronto, su luz ardiente
Ante unos ojos palideció.....
Eran los ojos de mi morena..... etc.

Y te advierto que no es sólo tu tocayo Leopoldo Cano quien siente así. La mayoría de los poetas opinan del mismo modo; pero no quiero citarte otros, y me contento con advertirte que el ilustre psicólogo González Serrano, al hablar de los fetichismos del amor, no cita el de los ojos verdes, sin duda porque considera dejados de la mano de Dios á los que tienen semejantes aficiones.

Hé aquí sus palabras:

«De él (fetichismo amoroso) ofrecen todos testimonio y

»aun lo hacen objeto de conversación, quién prefiriendo la
»belleza de las rubias, quién exaltando la de las morenas, gus-
»tando unos de los *ojos negros*, inclinándose otros á los azu-
»les, haciendo objeto de su culto, algunos, la esbeltez del
»talle.....» etc., etc.

Termino aquí la carta y la discusión; has sido declarado loco por un psicólogo, y publicaré tus cartas y las mías para prestar un servicio á la Patología.

Y yo declaro con sinceridad que si tanto imbécil como anda por ahí padeciese de tu enfermedad, esperarían á nuestra amada patria días más felices de esplendor y de gloria.

Te quiere y admira tu locura

ALFONSO.

Madrid 21 de Marzo de 1891.





LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

POR D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

Continuación (1)

DE DON PEDRO JOSÉ PIDAL

PRIMER MARQUÉS DE PIDAL

CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

UNA NOCHE

¡Noche que ansié! Con lóbrega belleza
Hieres por fin mi lánguida mirada:
Parda bandera en el zenit alzada

Tu mano tiende ya.

Del infelice bálsamo suave,
Madre de amor, de plácida dulzura:
Que al sol celebre quien penar no sabe;
Mi voz te cantará.

Mi voz que un tiempo en férvida armonía
Resonaba con cánticos de gloria:
¡Ay! Sólo resta la fatal memoria
Del bien que gocé en tí.

(1) Véase la pág. 374 de este tomo.

Tu diadema de fúlgido diamante,
Ese velo magnífico que ondeas,
Todo recuerda el venturoso instante:

¡Yo todo lo perdí!

¡Olvido! ¡Olvido! Gócese en buen hora
Lejos de mí la pérfida que amaba;
Su nombre sólo en mi laúd sonaba,
Su nombre olvidaré.

Y del lauro la espléndida corona,
Que á su frente solícito ceñía,
Como Noviembre á la fugaz Pomona,
Así deshojaré.

¡Olvido! Que del céfiro sonante
Flébil eco en mi cítara suspire:
El triste pecho su fragancia aspire
Empapada en la flor.

Que de su aroma el mágico beleño
Sobre mi sien su bálsamo derrame:
Cual pasa y muere vagaroso sueño,
¡Que muera así mi amor!

¡Pues qué! ¿Tan sólo en cándida garganta
El bien está y en mórbida cintura?
No: por do quiera la feraz natura
Vertiendo va el placer.

¡Aliento de la armónica ribera,
Murmullo de los árboles frondosos,
Mares inmensos, estrellada esfera:
En vos está el placer!

¡Mirad! Mirad. Elévase al Oriente
El astro de benéfico sosiego:
Raudal copioso de ondulante fuego
Semeja su esplendor.

Miradle arder en la áspera colina;
Vedle inundar el ámbito del polo;
Ved, si su frente á la ribera inclina,
Llenarla de fulgor.

Cual suspiro de párvulo adormido
Un vago son dilátase en la esfera,
Dulce, quejoso, como en tiempos era
La voz de la que amé.

¿Fué un eco de la bóveda estrellada

Que difunde dulcísimo embeleso?
 ¿Tierno suspiro de la mar plateada?
 ¿Voz de la selva fué?

¡Mortales! á tan célica ternura
 ¡Ay! ensanchad el ánimo oprimida;
 Torrente inmenso de placer y vida
 Os cerca en derredor.

¡Placer! os clama el límpido arroyuelo;
 ¡Placer! dicen los álamos del valle;
 ¡Placer y vida! en el zenit del cielo
 El astro triunfador.

Mas ¡ay! ¿Por qué una lágrima ardorosa
 Se escapa de mi párpado abatido?
 ¿Por qué en el pecho funeral gemido
 Ya pugna por brotar?

¿Por qué, decid, destémplase la lira,
 Y enronquece con ásperos lamentos?
 ¿Por qué en mi labio la palabra espira?
 ¡Vencistes! ¡oh pesar!

Venciste, sí: tu rígida punzada
 Atraviesa mi espíritu doliente:
 ¡En otro tiempo mi abatida frente
 Su mano coronó!

¡Y ora solol ¡Tristísima memoria
 Que en mis entrañas bárbara se cebal
 En ella estaba mi placer, mi gloria;
 Dejóme y feneció!

No: no hay placer. Fatídico silencio
 Reina ¡oh noche! en tu fúnebre vacío:
 ¡Ilusión vana del orgullo míol
 ¡Ay! ¡no! no puedo más.

Brillabas cual efímera centella
 Cuando duerme en sus cóncavos Eolo;
 Él se levanta, y apagóse ella
 Para siempre jamás.

DE D. JOSÉ DE CASTRO Y OROZCO

MARQUÉS DE GERONA

PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

SONETOS

I

Á LA RESTITUCIÓN Á SU SEPULCRO DE LOS RESTOS DE GONZALO
FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, EL GRAN CAPITÁN, PROFANADOS DURANTE
LA GUERRA CIVIL

¡Plaza, plaza á las glorias de Castilla!
¡Himnos*de honor, espléndidas sultanas!
¡Eclípsense las lunas africanas!
¡Tarfé y Muza, doblad vuestra rodilla!
Así exclamara, y su cabeza humilla
La sombra de Al-Hamar, al ver que ufanas
De Gonzalo las huestes castellanas
Los restos guardan con piedad sencilla.
Dijo, y resuena lúgubre gemido
De la Alhambra en los áureos artesones;
Huye la hurí de su pensil florido;
Rugen en las almenas los cañones,
Y el alto alcázar tiembla estremecido
Y ante el héroe inclinó sus torreones.

II

Á ZORRILLA VISITANDO Á GRANADA EN 1844

Del siglo diez y siete prez y gloria,
Siglo que Apolo presidió jocundo,
Si rival del gran Lope, en lo fecundo,
Sin rival Calderón brilló en la historia.
Monstruos entrambos de inmortal memoria,

Astros que lucen con fulgor profundo,
Oyó sus versos y pasmóse el mundo,
Y del genio español fué la victoria.

¿Se agotó tu vigor, oh España cara,
Al producir abortos semejantes?

¿No han de brillar ya más con luz tan clara

Ingenios en la patria de Cervantes?

—«Escucha y juzga,» respondió Castilla

Y, atrevido rapaz, cantó Zorrilla.

III

CORAZÓN VACÍO

No era el sol: me engañé. La noche dura,
Y otra vez el festín recobra vida.

¿No veis la multitud, de amor herida,
Cual suspira á los pies de la hermosura?

De la orquesta la plácida dulzura
Á lúbricos danzares la convida,
Y resuena la estancia estremecida
Á los gritos que lanza en su locura.

¡Oh, dichosos! gozad: á vuestro lado,
Entre el ronco rumor que al cielo crece,
Un solo corazón tímido, helado,

Marchita flor en el verjel parece:
Él solo aquí repliégame sombrío
Y lento late de placer vacío.

IV

MI AMBICIÓN

Vuele el bravo á la lid, buscando ansioso
Lauro inmortal con que ceñir su frente;
Surquen otros el piélago inclemente
Corriendo en pos de un nombre más glorioso.

Ambicione en secreto el codicioso
El oro todo que produce Oriente,

Y el favor del magnate prepotente
 Anhele el cortesano artificioso.

Sigan otros, en fin, cualquier camino
 Que conduzca al poder y á los honores;
 Yo, mi bien, esas glorias abomino;

Y esclavo de tus ojos vencedores,
 Adorarte y no más es mi destino;
 Mi continua ambición que tú me adores.

V

AMOR Y MISTERIO

¡Silencio, amor, silencio! Nadie vea
 Que sucumbes al fin enamorada:
 De ninguno la paga regalada
 Con que premias mi fe, sabida sea.

Hazme feliz, y mas que nadie crea
 La dicha que me tienes otorgada,
 Que el verla al son de trompa publicada
 Sólo al necio, señora, lisonjea.

Mi pasión es afecto misterioso,
 Que nació al conocerte, y siempre dura
 Ardiente y fiel, pero también medroso:

Evitemos del mundo la censura;
 Y, cual velado sol, tu amor hermoso
 Haga siempre en secreto mi ventura.

DE D. SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO

MARQUÉS DE LEMA, DUQUE DE RIPALDA

Y PRÍNCIPE DE SANTA LUCÍA

SONETOS

I

LA NUBE

Del viento airado á la potente saña
 Dócil la nube vuela tormentosa,

Y al son del trueno, en ráfaga espantosa
Aborta el rayo su inflamante entraña.

Pero si el sol parece en la montaña
Esa que fuera niebla tenebrosa,
Ora vestida de carmín y rosa,
Del puro cielo en el azul se baña.

Así al soplar de rudos aquilones
Va huyendo mi existencia embravecida,
Juguete vil de bárbaras pasiones.

¡Oh! Brille el sol del ánimo afligida,
Y rompa ardiente en fúlgidos festones
La errante niebla de mi triste vida.

II

TEMPESTAD

Por entre escollos, en mi intento ciego,
Mi frágil nave en soledad perdida,
Por los desiertos mares de la vida
Buscando un mundo, cual Colón, navego.

Mas no entre llanto sonará mi ruego,
Aunque las vistas del abismo mida,
Aunque los aires lóbregos divida
Con roja luz relámpago de fuego.

¡Ah! ¿Qué me importa en la común corriente
Ir de otro mundo á la remota arena,
Si alzo á las nubes mi tranquila frente?

Brille de orgullo mi bandera llena,
Y entren las olas por el roto puente
Y cruja el viento en la quebrada entena.

III

AL TIEMPO

¿Y no hay refugio ¡oh tiempo! y altanera
Pasará tu segur en mi garganta,
Sin que afligida el alma en pena tanta

Pueda hallar contra ti firme barrera?

No oyes mis quejas: en mi angustia fiero
El batir de tus alas no me espanta;
Que aun derribado ya bajo tu planta,
Luchara ardiente si posible fuera.

¡Ay! Deshecho el timón, quebrado el cable,
Flotante sobre un piélago enemigo,
Mísero ruego al ábrego implacable:

En vano á su furor busco un abrigo,
Que hacia el abismo lóbrego, insondable,
El leño en que me apoyo va conmigo.

IV

FLORES DE UN DÍA

¡Calla, por Dios! Del cántico el sonido
Tristes recuerdos en mi mente evoca;
Cada palabra de tu hermosa boca
Hiere, cual flecha, mi doliente oído.

En lo pasado el corazón perdido,
Dulce ilusión al escucharte invoca:
Proyectos vanos á mi audacia loca,
Dulces sueños de amor, ¿dónde habéis ido?

Yo no lo sé; pero cansancio inerte
Vuestros odiosos goces me dejaron,
Y ora la ansiada paz busco en la muerte.

Las penas en mi pecho se ensañaron,
Y á las angustias de mi horrible suerte
Los dioses que adoré me abandonaron.

V

Á JULIA

Crecen dos palmas su ramaje alzando
En orillas opuestas de un torrente,
Sin juntar nunca su follaje ardiente,
Sin unirse jamás, mas siempre amando.

Crece, sus frentes tristes inclinando,
Hasta que airado el ábrego inclemente
Las sepulta á la par en la corriente,
Juntos sus troncos á la mar llevando.

Así también tu suerte de mi suerte
Separa ¡oh Julia! piélago enemigo
Y muero solo y mísero sin verte.

En vano en mi delirio te persigo;
Que en las espesas sombras de la muerte
La tumba sola me unirá contigo.

DE D. ANTONIO DE LOS RÍOS Y ROSAS

CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

SONETO

EN LAS FIESTAS CELEBRADAS EN RONDA EN 1833 CON MOTIVO
DE LA JURA DE LA PRINCESA DOÑA ISABEL II

Del tálamo que el cielo bendijera
Nace Isabel en suspirado instante,
Y al borde de la tumba devorante
Triunfa Fernando de la Parca fiera.

Muere la atroz discordia en su carrera,
De Cristina al acento penetrante,
Y en el solio español el pueblo amante
La tierna Infanta de su Rey venera.

¡Oh milagros de Dios, que en fausto día
Volvió por la inocencia de su mano,
Y la diadema la guardó de oro!

¡Dulce esperanza de la patria mía,
Alma prenda de paz al triste hispano,
Ventura de dos mundos, yo te adoro!

HIMNO

*Ardiendo el alma júbilo,
Hoy el rondeño fiel
Entona alegres cánticos
En gloria de Isabel.*

ESTROFAS

I

Vates del suelo bético,
Venid con dulce lira;
Venid, que aquí respira
La musa de Espinel;
Y en las orillas fértiles
Cantad del claro río,
Ó en el bosque sombrío
Entre mirto y laurel.

II

Y del torrente horrisono
No ensalzéis la tristura,
Ni la grata dulzura
De rondeña beldad;
Decid con noble cítara,
De remontado vuelo,
La princesa que el cielo
Nos diera en su piedad.

III

Brilla su rostro cándido,
De gracias adornado,
Más que en verdoso prado
Purpurino clavel;
Es su acento dulcísimo,
Cual voz del aura vaga,
Cuando el jazmín halaga
En florido verjel.

IV

Ora en su lecho plácido
De rosas y azahares,
El lento Manzanares
La mira reposar;
Y mil voces armónicas

Entonan sus loores,
Y le cantan amores
Si llega á despertar.

V

De estas montañas ásperas,
Princesa ilustre, mira
Cuánto celo respira
El popular amor;
Y cuál la virgen púdica
Y el adalid de Marte
Acorren á jurarte
Al templo del Señor.

VI

Oye del triste prófugo
Que tornó á ver sus lares,
Los suaves cantares
De tu madre en loor;
De tu madre magnánima,
Que al Monarca salvara,
Y al infeliz trocara
En placer el dolor.

VII

Antes las aguas turbidas
Del Támesis bebía
En perenne agonía,
Ausente del hogar;
Y su pecho benéfico,
Si el mísero viviera,
Tierno llanto vertiera
Al mirarlo espirar.

(Continuará.)





POLICÍA URBANA DEL SIGLO XV

Corre en boca de todos, y no sin razón, que el ramo de policía urbana se halló siempre en un lamentable descuido por parte de nuestros ediles; y sin pretender yo modificar el concepto que á la opinión unánime de cronistas y poetas mereció la indolencia con que servicio tan importante fué mirado por los regidores de las edades que pasaron, cábe-me la satisfacción de consignar que allá en las postrimerías del siglo XV se pensó ya en organizar la limpieza de las vías públicas, dictando disposiciones que indudablemente hubieron de ser recibidas con cierta resistencia por los vecinos, toda vez que aparecen reproducidas durante las dos siguientes centurias (1).

Honra es para el Concejo matritense que en el crepúsculo divisorio de las sombras de la Edad Media y los albores de la moderna aparezcan disposiciones encaminadas á colocar la villa del oso y del madroño, si no en los primeros pelda-

(1) En un trabajo que publiqué sobre *Las ordenanzas de policía urbana en 1591* (REVISTA CONTEMPORÁNEA, Febrero de 1888) puede apreciarse la necesidad que hubo de reproducir ciertas disposiciones un siglo después de que fueron promulgadas. Pero no interrumpamos el orden que debe seguirse en la exposición de los hechos; renglones más adelante volveremos á ver este punto de la cuestión.

ños de la escala de la urbanización, en modesto escabel siquiera para sobresalir entre el común descuido de los lugares de Castilla, llevando cuenta, lector amigo, de que por aquella época Madrid figuraba ras con ras al lado de villorrios sin importancia, y muy por bajo de la famosa ciudad complutense. Y si las disposiciones se dieron, publíquenlo los trompetas de la fama, ensalcemos con vocinglería desmedida el celo que movió á los regidores de antaño á tomar tales medidas, y escríbanse sus nombres con letras de púrpura y oro en el libro de la historia de la administración municipal, para que se sepa y admire *in sæcula sæculorum*. ¿No es digno de todo elogio que en el siglo XV nuestro Municipio se ocupase de la limpieza de calles, en los términos en que ésta podía entonces desarrollarse, cuando el erario municipal era muy reducido, deficientes los medios mecánicos para llevar á la práctica el servicio, y cuando el concepto de las obligaciones y deberes entre administradores y administrados aún permanecía en estado embrionario, sin que ni unos ni otros pudieran determinarlo con arreglo á bases fijas y exactas? Comprenda el lector que las ordenanzas del siglo XV sobre limpieza de calles representan un adelanto en nuestra administración edilicia, y son buena muestra de la paternal solicitud con que aquel Consistorio cuidaba del mejoramiento de la Villa.

Dice así el documento:

«Este dicho día (2 de Marzo de 1496) los dichos señores (1) ordenaron que asimismo se arriende las penas de los que echaren vasura o otra qualquier suciedad en las calles empedradas (2) e otras qualesquier calles de esta villa, en esta guisa:

(1) Es acuerdo de Ayuntamiento, y figuran en el acta: el Corregidor, que era el Licenciado Cristóbal de Toro, los regidores Luis Dalcalá, Antonio de Luzón y Pedro Juárez, los caballeros escuderos Fernando de Villanueva y Álvaro de Toro, mayordomo, y los pecheros Diego de Madrid, Pedro Franco, Diego Suantero, Juan de la Puente, Pedro González Dalcalá, Rodrigo Cedillo, Juan Dalcalá y Alonso Buforno.

La sesión se celebró, como todas las de aquel año, en una sala de la iglesia del Salvador.

(2) En otro artículo publicado no ha mucho en la REVISTA CONTEMPO-

Que ningunas ni algunas personas non sean osadas de echar la dicha vasura ni estiércol en las dichas calles, nin perros, ni otras suziedades, ni vestiglos algunos, so pena de doze maravedis (1) al que lo echare, e demás que lo fagan alimpiar á su costa.

Otrosí, qualquier que baciara servidor en la calle pague veinte e quatro maravedis, e se alimpie á su costa, esto asi en la calle como en la plaza, y la pena se ejecute en el vecino mas zercano, y si se hallare que otro lo echó en la puerta de otro, que pague cien maravedis, allende de las dichas penas, e que se faga pesquisa sobrello, e sean obligados á jurar sobrello de quien quisieren informarse, so la dicha pena.

Otrosí, qualquier que echase agua que hieda en la calle, ó cebada, de ventana, pague veinte e quatro maravedis, e por la puerta e albañal doze maravedis.

En invierno que sean obligados los vecinos, de veinte en veinte dias, de tenellas limpias sus pertenencias, y en verano de diez en diez dias, e que pueda prender asi por salida como por venida, e quando resistiere caia en pena de dos mil maravedis para el empedrar, e que si los vecinos no lo ejecutaren, que el ejecutor lo aga alimpiar á costa de los vecinos, y si el ejecutor no lo hiciere que á su costa se alimpie.»

Las disposiciones de policía urbana se han significado siempre por ir acompañadas de conminación energética,

RÁNEA cité varios acuerdos del Ayuntamiento de Madrid, de fines del siglo XV, en que se mandaba empedrar algunas calles. La referencia que á ellas se hace en la disposición que ahora estudiamos viene á demostrar que en la época aludida había calles empedradas, contradiciendo lo que han asegurado algunos cronistas inspirados en las censuras de escritores extranjeros. Ciertamente que el servicio de empedrados se llevaría á cabo con dudosa actividad, que dejaría mucho que desear, que tardarían en recomponerse los desperfectos, nada de esto negaré, pero como buen madrileño debo hacer constar que en el siglo XV ya se utilizaba en Madrid la piedra para formar el piso de las vías públicas.

(1) Ya en esta época el maravedí tenía el valor con que hemos llegado á conocerlo nosotros.

de amenazas terribles para el que las infringiere, lo mismo en los tiempos de los Reyes Católicos que en pleno siglo XIX, y bien sea que los habitantes de la Villa se hayan acostumbrado al lenguaje, bien que no inspiren temor las autoridades municipales por el contacto y correspondencia que con sus representantes tenemos, en confirmación de aquel antiguo refrán que dice «la mucha confianza es causa de menosprecio,» bien por otro motivo, el caso es que nobles y plebeyos han esquivado frecuentemente el cumplimiento de los bandos procedentes del Corregidor ó del Alcalde, y que se ha necesitado largo espacio de tiempo para implantar cualquier reforma en pro de la higiene, de la limpieza, de la comodidad general, ó simplemente del ornato de la Villa. Aquí estamos encariñados con la rutina tradicional, y nos disgusta toda innovación, aunque sea en nuestro beneficio. La necesidad de la limpieza es indiscutible, y, sin embargo, ha costado siglos acostumbrar al vecindario á que vierta las basuras á ciertas horas y en determinadas condiciones: no es caso raro que la criada ó el dependiente de la tienda vacíe la espuerta tomando las vueltas al municipal, antes y con mucho de que pase el carro de la campanilla. Un poco de descuido por parte de los guardias del Ayuntamiento, y volveríamos fácilmente al 2 de Marzo de 1496. Hemos heredado de los moros algunas de sus costumbres; hoy en Tetuán arroja el vecino las basuras delante de las puertas mismas de su casa: éste sería el ideal de la criada madrileña.

Con estos hábitos, difíciles de borrar del voluntarioso espíritu de los habitantes de Madrid, ¿podiera extrañarnos que las ordenanzas sobre limpieza tuvieran que repetirse como cosa nueva en 1591 y posteriormente en 13 de Agosto de 1641, con las mismas conminaciones terroríficas? (1)

(1) Cuando publiqué las citadas *Ordenanzas de policía urbana de 1591*, desconocía las que han motivado el artículo de hoy, y no escaseé mis elogios para aquellas disposiciones, reconociendo el buen sentido que las había dictado.

Posteriormente las hallé repetidas en el reglamento de 13 de Agosto de 1641; la referente á limpieza de calles dice así:

«Que ninguna persona, de cualesquier calidad que sean, no consientan ni den lugar á que ningún criado ni criada, de día ni de noche, no echen á nin-

Quede, pues, sentado que esta villa no podría citarse en el siglo XV como modelo de urbanización, pero consígnese también que las autoridades municipales intentaron la reforma, movidas de buen deseo; reforma que si no dió los resultados apetecidos, algo atenuaría, por lo menos en las calles principales y á ciertas horas, la temeraria indiferencia con que nuestros abuelos oyeron siempre pregonar los bandos de policía urbana.

Convencido ó no el lector de las afirmaciones que anteceden, y declarando el punto suficientemente discutido, pasaremos á examinar otras ordenanzas de no menos trascendencia dentro del organismo de aquella sociedad, y dados los medios de comunicación que existían entre unas y otras poblaciones. Las disposiciones que ahora vamos á ver no se publicarían como nuevas á fines del siglo XV, sino que serían reproducción de otras anteriores, echadas en el olvido á propio intento por aquellos á quienes obligaban; no está fuera de camino suponer que serían como un recordatorio, porque la necesidad de un correctivo se habría dejado sentir con siglos de antelación, y asunto tan principal no habría escapado á la observación perspicua de los legisladores de la Edad Media. Trátase del estipendio que por hospedaje habían de

guna hora ni vacíen ningún género de inmundicia ni agua sucia ni limpia por las ventanas ni azuteas de sus casas, sino que lo echen y vacíen por las puertas principales ó falsas de ella en mitad de la calle, y no en otra ninguna parte; y las inmundicias no se puedan echar ni se echen sino fuere en verano desde primero de Abril hasta fin de Setiembre, después de la once de la noche, en el invierno desde primero de Octubre hasta fin de Marzo después de las diez, so pena de 600 maravedís (17 reales y 22 maravedís); y los dueños de las casas y moradores de ellas avisen á sus criados y criadas que de aquí adelante lo guarden y cumplan, porque las dichas penas se han de cobrar de los amos, y se les reserva su derecho á salvo para que del salario de sus criados y criadas las puedan cobrar; y so la dicha pena se manda que ninguna persona sea osada de echar en las calles de esta villa ningún género de estiércol de caballeriza ni otra cosa, y quando quisieren limpiar las dichas casas y caballerizas, tengan á las puertas de ellas carros ó chirriones, ó bestias con serones con que lo quiten y saquen; en las quales dichas penas desde luego les dan por condenados, lo contrario haciendo, aplicadas por tercias partes, juez, denunciador y obras públicas.»

llevar los mesoneros á los que de paso ocupaban las habitaciones de una posada en Madrid.

Las ordenanzas de mesoneros no se insertan aquí tanto para elogiar el celo de aquellos ediles cuanto por sacar á luz detalles no bien conocidos de antiguas y borradas costumbres, pues á veces, mejor que descripciones, donde la imaginación fantasea sin rienda ni timón, es más apropiado para hacernos formar juicio de una época cualquier documento original escrito con la sencillez y espontaneidad que dan tono y carácter á los acuerdos del Concejo de Madrid durante el siglo de que nos ocupamos.

Veamos las ordenanzas, que llevan la fecha de 6 de Mayo de 1496.

«Lo que los muy nobles señores Corregidor e Regidores de la noble villa de Madrid mandan que lleven de posada en los mesones desta villa e de fuera, e lo que han de dar los mesoneros á los que en su casa posaren, es lo siguiente:

Primeramente mandan los dichos señores que qualquier mesonero que non tuviere esta tabla puesta en el lugar que la puedan leer todos los que entraren en el meson, que pague dos mil maravedis por cada vez que sin ella le probasen que estuvo sin ella (sic), el tercio para el acusador e las dos partes para el reparo de los muros de la villa.

Vn cavallero, ó escudero (1), ó mercader que tomaren una cama, con su llave, dándole todas las cosas de servicio, cama e mesa (2), e leña, e agua, diez maravedis, y por cada hombre de á pie ó cabalgando, dos maravedis si les diese cama, y si no que no pague por ellos.

Vn escudero e moço, e con bestia, dándole cama e todas las otras cosas de servicio, seis maravedis.

(1) Escuderos llamábanse en esta época no los rodrigones que acompañaban á las señoras cuando salían de casa, según nos los pintan los escritores del siglo XVII, sino los caballeros hidalgos, generalmente de noble linaje y de mermada renta.

(2) La comida constituía trato aparte, y la verdadera ganancia de los mesoneros. *Dar mesa* se entiende, según las ordenanzas que analizamos, facilitar al viajero sitio para que comiese lo que consigo traía, ó lo que se le había guisado en el hogar.

Vn escudero con bestia e sin moço, dándole cama e las otras cosas de servicio, trayéndole de la plaza las cosas que oviere de menester para comer (1), seis maravedis, y si no se lo trujere cuatro maravedis.

Vn escudero, con mula e moço, si viniere á comer, y no durmiere noche, dos maravedis.

Vn recuero que traia asémilas ó asnos ó cavallos, por cada una un maravedi, y por cada hombre otro maravedi, si le dieren cama, e si no, pague por las bestias solas.

Á un peon dándole cama e mesa dos maravedis.

Si uno diere á guardar la bestia, sin dormir, una blanca, e si más bestias trujere, por cada una una blanca (2). Esto se entienda por cada noche que durmiere en el meson que pague lo que aquí dize.

El mesonero que más llevare de lo aquí puesto en esta tabla que vuelva lo que llevó con el doblo, la primera vez; que pague seiscientos maravedis la segunda etc.»

Ignoraba por cierto las reglas todas de economía política el Concejo que dictó las ordenanzas transcritas; coartábase con ellas el derecho de un industrial obligado por la ley á no traspasar el precio de tarifas impuestas autoritariamente, sin dictámenes de comisiones, ni ponencias discutidas, ni informes periciales como ahora se usa, pero es posible que aquellas disposiciones tomadas á la buena de Dios fuesen equitativas y provechosas, aunque se resintiese de ellas la clase de mesoneros, de la que nos quedan poco recomendables noticias, al decir de los dramaturgos de siglos posteriores (3).

(1) Aquí se comprueba lo que queda dicho en la nota antecedente.

(2) La *blanca* era una moneda que tuvo diferentes valores, pero el más general fué el de la cuarta parte de un maravedi.

(3) Describiendo Tirso de Molina la suciedad de un aposento en cierta posada, pone en boca del gracioso los siguientes versos:

Dos almohadas que alistan
lazos de azul y amarillo
debajo de un acerillo,
y porque sus faldas vistan
las manchas de la pared,
tres sábanas, aunque tiernas,
por viejas distinguen piernas,

Después de todo, cada edad tiene su pro y su contra: conformémonos con nuestra suerte; la tasa del hospedaje en el siglo XV era buena cosa, no perdiendo de vista la época en que se impuso, pero debemos suponer que el servicio correría parejas con el precio, y bien vale la pena de haber nacido años después para no tener que viajar en macho y pernoctar en una venta.

Para fin y remate de las noticias que referentes al siglo XV van aquí apuntadas, he de presentar al curioso lector unos antecedentes no desprovistos de interés, porque vienen á aclarar punto importante que se relaciona con la administración municipal, perjudicada, á mi juicio, por el descuido con que se miraron en tiempos lejanos los derechos de Ayuntamiento, que son los del pueblo de Madrid.

Los porches de la Plaza Mayor y calles adyacentes, llamados portales en lo antiguo y soportales hoy, constituyen para muchos cuestión desconocida por lo que toca á su propiedad, pero resuelta ya en distintos expedientes, según tengo entendido, adjudicando al dueño de la finca la mitad del área que el soportal ocupa y la otra mitad al Ayuntamiento. Éste, inspirado en un criterio recto y equitativo, ha querido conceder cierto beneficio á los propietarios de las casas que tienen porche, y por ello no debemos de escasearle nuestro aplauso, que algo representa el mayor gasto, dadas las dificultades de la construcción; pero en cuanto al derecho que á la posesión y dominio de esa parcela de terreno tengan, varía la cosa, y no debe confundirse la equidad con la justicia.

Los porches están construídos sobre terreno de la vía pública, es decir, del Ayuntamiento (1), á instancia y solicitud

ya de lienzo, ya de red.
Un cielo encima colgado,
con flucos del mismo modo
que viéndose blanco todo
dije, el cielo está nublado.

(1) Forme juicio el lector leyendo los siguientes acuerdos:
19 Setiembre 1481. Se concede á varios vecinos hacer portales delante de sus casas en la *Herrería*, pagando de censo cada uno diez maravedís.
7 Abril 1494. Se mandan cubrir los portales del arrabal, y la obra hacer por repartimiento, que será mucha nobleza y honra de esta villa que se haga.

de los dueños ó arrendatarios de las fincas, mediante un canon ó censo proporcional que en una de las calles representaba 30 maravedís por una parcela de terreno de 19 pies de ancho por 29 de largo, con referencia al año 1495. Miraban los Concejos de fines del siglo XV como de necesidad y ornato para la Villa la construcción de estas galerías cubiertas, de innegable utilidad dentro de aquellas costumbres, y facilitaron su desarrollo en la Plaza del Arrabal (hoy Plaza Mayor) y calles afluentes, sin perdonar el censo que semejante concesión llevaba consigo en todos los acuerdos que he podido consultar. Ahora bien, ¿se redimieron esos censos? Quizás ni el Municipio ni los particulares hayan encontrado documentos suficientes á probar este extremo, y en vista de la carencia de datos por una y otra parte, se habrá formado el convenio de adjudicarse por mitad el terreno del porche.

La construcción de éstos no arranca, por lo que se ve,

18 Julio 1494. Se concedió licencia á dos interesados para que pudieran sacar portales huecos por cordel, y diéronselo á censo.

28 Noviembre de 1494. Se da licencia al Licenciado de Guadalupe para que por el tiempo que aquí estuviere la corte pueda cerrar un portal en las casas de Alarcón, donde posa, que es hueco para tener sus bestias, obligándose á deshacerlo antes que parta la corte, y que por ello no adquiriera derecho ni posesión.

31 Diciembre 1494. Se acuerda imponer censo sobre un portal que ha sacado un hijo de maestre Zulema, en el arrabal.

27 Febrero 1495. Licencia á Mohamad para que pueda abrir y cerrar lo alto de su cámara, que está sobre el portal que ha hecho, porque es honra de la villa, en la plaza del arrabal, conque no cierre lo bajo, y obliguese de pagar el censo que justo fuere.

22 Junio 1495. Se concede un portal en la calle de la Herrería á Francisco Librero: tenía el sitio 19 pies de ancho y 29 de largo, y satisfacía de censo 30 maravedís.

3 Julio 1495. Se ordena que todos los que poseen portales hacia la Cava muestren el título que tienen para ello, ó los deshagan dentro de tercero día.

28 Marzo 1496. Se manda que Alarcón derribe lo que cerró del portal, pues se le dió licencia para que lo utilizase durante la estada aquí de la corte y no más.

28 Septiembre 1496. Dióse á censo á Pedro Franco un portal que cerró e metió en su casa, cabe la laguna, aledaños casas del dicho, y de Gascón, y de Maestre Alonso herrador de la calle pública, por precio de 20 maravedís de censo cada año.

más allá de fines del siglo XV, pero es bastante antigüedad para imposibilitar la tarea de reconstituir la historia del censo siguiendo paso á paso los incidentes que hayan modificado, ó ratificado tal vez la primera concesión.

Es incuestionable, porque así consta en los libros de acuerdos, que los Ayuntamientos de 1481 á 1496, época que marca la instalación de los soportales en Madrid, autorizaron la construcción de éstos, fundando censos; ahora lo que falta averiguar es si existen noticias relacionadas con la cobranza de dichos censos; supongo que no, y si el Ayuntamiento dejó caer en el olvido la percepción de esta renta, no es extraño que los censatarios anduvieran en ello flacos de memoria.

Pero estas consideraciones traspasan los linderos de mi cometido. Sólo me ha movido el propósito de expornerte, lector amable, los antecedentes que he hallado respecto á policía urbana del siglo XV; y si con ellos conseguí distraer un rato tu mal humor ó tus ocios, completando las impresiones que del antiguo Madrid tuvieses, yo me doy por contento y desligado de mi compromiso.

CARLOS CAMBRONERO.





AQUI Y ALLÁ

(BOCETOS SOCIALES)

Continuación (I).

Participemos de aquella baraúnda indescriptible, de aquel vaivén incesante, progresivo, más ruidoso y, más acentuado á medida que se avanza, en medio de grupos de aguadores, comparsas de naranjeras y pelotones de guardia civil á caballo. Entremos en la morisca plaza.

La característica animación que reina en los toros no puede compararse con ninguno de los más celebrados espectáculos que se presencian en las grandes capitales de la Europa moderna. No hay extranjero que pueda *à priori* formarse una idea exacta de los atractivos que el público español encuentra en su diversión predilecta. Aquel bullir, aquel voceo y aquella aguda combinación de escenas de vivísimo colorido, es chocante, es *sui generis*; el que lo conozca puede concebirlo deslumbrante y siente bailar su corazón al recordarlo. Hasta el apático, el dado á melindres y el filósofo más convencido, pierden allí todo remilgo y frialdad, sintiéndose como impelidos á echar también una cana al aire. Sólo en aquellas regocijadas gradas y en aquellos alegres palcos de

(I) Véase la pág. 302 de este tomo.

sol y sombra se comprende el delirio de algunos aficionados y los sacrificios que muchos artesanos se imponen durante la semana para ver la corrida.

Allí queda disculpado el pueblo-rey que no sentía nunca cansancio en las llamadas feroces luchas del circo romano, que tenían, como todo, su lado poético y admirable. No es nuestro objeto justificar ni disculpar nada ni á nadie; pero vemos, sí, que las corrientes arrastran y hasta seducen, no habiendo Catón que en una plaza de toros deje de participar de aquellos fluidos eléctricos que conmueven y del frenesí que en la mayoría se propaga, pese á los amigos compasivos y protectores de animales.

Quédense para los inteligentes las apologías, y quede la tarea de las censuras para los franceses é ingleses que, en Madrid ó en Sevilla y llegado el momento de la corrida, por ninguna cosa del mundo perderían la gran función y sus ansiadas emociones. Nosotros nada entendemos de pases, quites ni puyazos, y no estando en los secretos del arte, dejaremos á un lado las buenas ó malas suertes de la lidia que tantos aplausos, silbidos y pataleos levanta. Pero nos guardaremos, sin embargo, de hablar afectadamente en defensa de una civilización que tanto figura en boca de muchos filántropos, quienes en el extranjero, al repetir con énfasis los nombres de patria y de humanidad, suelen soñar, sin embargo, en guillotinas vengadoras, en fusilamientos de rehenes ó en cañones perfeccionados para la *revancha*, no desdeñando tampoco en sus ratos de ocio las fuertes sensaciones del circo de la *rue Pergholesse*.

Fijémonos en un palco que acaba de abrirse. En él aparecen otros antiguos conocidos nuestros. Son el rico labrador D. Emilio Alba, la bella Mariquita, esposa suya en segundas nupcias, desde hace cinco años, y el niño que el mismo hacendado tuvo de su primer matrimonio.

D. Emilio, cuyo carácter complaciente conocemos, parecía tan dado á minuciosos agasajos como en los primeros tiempos de sus desgraciados amores. Era feliz cuanto cabe al lado de su hijo y de la mujer de sus ilusiones, cuyos extravíos ni siquiera recordaba. Ella, en la plenitud de sus

encantos, sonreía siempre transformada y agradecida, pero algunas veces podía advertirse que una ligera nube de tristeza empañaba de súbito la brillantez de sus negros ojos, y al acariciar al amable hijo que no era suyo, se adivinaba aún cierto disimulado encogimiento, cierta violencia, no precisamente por falta de sinceridad en las atenciones y caricias, sino por repentinos é imprevistos choques, naturales en una posición en realidad algo falsa.

Es que los primeros disgustos y engaños de la vida imprimen indeleble carácter en las almas de buen temple, y la sensible y desdichada hija del maestro de escuela era dada á la cavilosidad hasta cierto punto y tenía buena memoria. Cuando se esforzaba en ser agradecida, no le era posible apagar á veces los repentinos recuerdos que la asaltaban. Ni para D. Emilio ni tampoco para su hijo, ya mozo bastante reflexivo, eran un misterio esas luchas de delicadeza que se leían á lo mejor en el inteligente rostro de Mariquita.

La lidia de los dos primeros toros había pasado, entreteniéndole agradablemente á nuestros tres amigos, en medio de aquel bullicio efervescente de las gradas. D. Emilio se animaba, D.^a Mariquita se distraía, y el joven, que por primera vez veía aquello, se entusiasmaba con las suertes y el arrojito de los diestros.

Pero apenas había saltado á la plaza el tercer toro, cuando Mariquita se puso repentinamente más seria, y una llamarada de fuego encendió sus mejillas, de ordinario muy pálidas. En vano trató de disimular en seguida su turbación con algunas frases vulgares, pues su esposo se había apercebido del cambio y no tardó en conocer también la causa desagradable que lo motivaba.

Acababa de entrar en un palco inmediato, hasta entonces vacío, D.^a Isabel de Salcedos, cuñada de D. Emilio, y con ella su repugnante amigo el famoso Diego, llamado antiguamente el *Señorito* y ahora D. Fernando del Sotillo, quien aún tuvo desfachez bastante para fijarse largo rato en la turbada D.^a Mariquita.

Por primera vez, después de su segundo matrimonio, comprendió D. Emilio que su situación podía ser violenta y po-

día también serlo la de su mujer. Ciertas lesiones graves no suelen nunca curarse y lentamente envenenan.

D.^a Isabel había visto y reconocido á su cuñado; y aunque no se visitaban desde antigua fecha, hubo él de contestar con una inclinación de cabeza al ceremonioso saludo de la viuda de su hermano.

Por casualidad se produjo entonces en la plaza uno de esos repentinos y salvajes alborotos que surgen á menudo por una banderilla mal plantada ó una puya más ó menos baja. Echáronse al redondel sombreros, cacharros, naranjas y todo lo que vino á mano; había puños nerviosamente cerrados, increpaciones á voz en grito, acciones de energúmenos, insultos soeces y chillería infernal. ¿Y por qué? Todo consistía en que el picador, defendiéndose de la fiera, la había pinchado en paraje inconveniente, según los peritos en la materia. ¡Qué poca cosa exaspera á las masas!

El hecho es que la familia de D. Emilio de Alba, ya antes intranquila, parecía alarmarse. Principalmente el hijo manifestaba cierto malestar, cierto sobresalto ante una escena para él incomprensible, y todo ello dió motivo á su padre para decir á Mariquita:

—Esto no es diversión; ya ha visto el niño la plaza y sabe lo que es la brega de los toros. Lo mejor sería retirarnos si te parece, Mariquita.

—Iba á proponerte lo mismo—contestó ella en seguida.

Al poco rato salían los tres de la plaza.

Comprendía por primera vez D. Emilio que era posible no hallarse bien con su mujer en todas partes, y esto le mortificaba grandemente. Mariquita comprendía á su vez lo que pasaba en el ánimo del que con tanto entusiasmo le había dado su nombre, y sentía ahora rubores desconocidos é inquietudes más alarmantes que nunca.

La salida de Mariquita, de D. Emilio y de su hijo no fué advertida en el primer momento más que por Diego Medina, á quien D.^a Isabel de Salcedos llamaba D. Fernando del Sotillo, nombre de guerra, ó mejor dicho de sociedad, que aquel tunante necio se daba para pasar á los ojos de la codiciada viudita como galán de buen tono y hacendado de no-

bles antecedentes, cuando en realidad no era más que un vulgar agente del prestamista Marchamero y de la madrastra de éste, mujer suya de larga fecha y de derecho, aunque no de hecho ahora.

En aquel momento la elegante viuda estaba entretenida en felicitar con su cabeza y su abanico al torero principal de una cuadrilla, quien por su arrojo y su capeo producía una repentina transformación en los espectadores que, cansados de patear, chillar y silbar enfurecidos, aplaudían ahora. Dicho torero era también favorito temporero, ó cosa así, de D.^a Isabel, á la cual miraba él siempre risueño y envanecido, después de realizar alguna de sus atrevidas suertes. Tenía D.^a Isabel todas las inclinaciones y flaquezas de algunas damas aspirantes al gran tono y á la *suma elegancia* en cierta parte del mundo madrileño.

Nuestros amigos estaban ya en una de las puertas de la plaza de toros, llamando al coche que les esperaba. Al subir, D. Emilio dijo en seguida:

—¡Al Retiro!

Y tomaron la dirección del Angel caído.

El famoso Retiro del poético Felipe IV, cuya agradabilísima frondosidad parece llamada á desaparecer paulatinamente y á impulso de las torpezas de los concejales, es sin embargo el mejor sitio de expansión y recreo que encierra aún la corte de España. Allí es todavía el punto de reunión de los lujosos trenes de la aristocracia de abolengo, de la del dinero y de los altos políticos, antes de dar por las tardes su vuelta y organizar el vistoso desfile por la Castellana; allí, en aquella agradable atmósfera saturada de oxígeno y de puras emanaciones vegetales, encuentran también esparcimiento las pedestres familias de la clase media, empleados de todas categorías y negociantes de diversas clases, principalmente los días festivos, tregua oportuna de los diarios quehaceres de aquellos cuya fortuna ó cuya mediana comodidad depende del personal trabajo.

El hijo de D. Emilio manifestó deseos de pasearse un poco á pie, y así lo hizo, dejando solo á su padre con su segunda y joven madre.

—Son curiosas las observaciones que ofrece el público en todas partes—observó D. Emilio, rompiendo el silencio que hasta entonces había guardado.—¡Qué diferencia entre los tranquilos paseantes de aquí y los bulliciosos concurrentes á la plaza de toros! Los unos se solazan acá, en la verdadera acepción de la palabra, y allá los otros se aturden. La misma diferencia se nota en la vanidad mujeril: allá da golpe la peineta de concha y la provocativa mantilla blanca de los cuadros de Fortuny, y aquí parece que sienta mejor el caprichoso sombrero parisién; allá se veía la chula garbosa y despreocupada que anhela emociones fuertes, y aquí la mujer más sesuda que acaso busca un marido aceptable para sí ó para su hija.

—Eres filósofo en sumo grado—dijo á su vez Mariquita con una sonrisa desfigurada por cierta tristeza.—Lo sensible es que nuestra organización social haga que la mujer necesite casi siempre exhibirse en todas partes y ser, como dices, un poco amiga de galas y vanidades que atraigan sobre ella las miradas de los que pueden darle una posición que no siempre es la dicha.

D. Emilio miró entonces fijamente á su esposa, como queriendo adivinar en sus palabras algún sentido oculto.

—¿Te arrepientes de algo?—balbuceó.—Dí la verdad á un buen amigo: ¿sientes ahora estar casada y ser mía?

—¡Qué idea! ¡Qué locura la tuya, Emilio!

—Perdona; pero tus palabras..... tus reticencias.....

—Son nubes de paso, tristes consecuencias de tempestades vencidas.

—¡Loado sea Dios!

—Mira, Emilio, para tí no tengo hoy secretos; ya lo sabes. Me ha disgustado el encuentro de la plaza de toros, sí, y no puedo evitarlo. Mi dicha se turba á veces, y me acuerdo entonces de mi amiga y cuñada, la pobre Ramona..... y comparo, y también sufro por no parecerme á ella.

—¿Qué tiene que ver?

—Sí. Ella había perdido también la esperanza en el mundo, y nunca hubiera soñado ya en los días de inmensa felicidad que, al lado de mi hermano, al lado de su querido Valen-

tín, le aguardaban en esta tierra..... Enferma y desgraciada hace poco tiempo, sosteniendo su vida con el recuerdo de su único y vivísimo amor, ¿cómo había ella de pensar que sus antiguos sueños y delirios se convertirían al fin en realidades y que podría aún estrechar en sus brazos al enamorado amante que creyó para siempre perdido?

—Tú mereces igual premio.

—Yo no merezco tanto, Emilio. Yo me hice un día indigna del que me amaba y de la suerte que hoy tengo..... Quisiera vivir cien años, Emilio, y quisiera tener cien almas para pagarte el bien que me has hecho, el amor que has conseguido inspirarme..... No puedes figurarte las veces que, pensando en mis primeros años, maldigo mi ligereza de niña inexperta, mi falta de fortaleza para resistir halagos funestos y mis antiguos y ciegos errores.

—Todo esto no prueba más que una cosa, Mariquita.

—¿Qué?

—Que tienes una sensibilidad exquisita que te hace en supremo grado digna á mis ojos.... Es muy cierto que tendríais ménos equivocaciones y contratiempos las mujeres si el engaño y la falsedad no fuese cosa lícita y nada deshonrosa para el hombre; si no tuviese tantos, tan falsos, tan rastreos enemigos la inocencia y no fuese permitido tender impunemente lazos á la virtud inexperta..... Quiero decir que vuestras desdichas proceden de ordinario de causas externas y ajenas á vosotras mismas.

—No te esfuerces en justificarme demasiado, Emilio.

—No me esfuerzo, Mariquita; pero digo la verdad. Te conozco, y me conozco á mí mismo. Sé que tú, niña aún, fuiste víctima de una seducción indigna, como Ramona lo fué del cínico y grosero amaño de un patán, seducción y amaño que se burlaron de la justicia de los hombres, capaz esta supuesta justicia de incurrir en errores terribles, imponiendo castigos al inocente.

—Pero sabido tenemos que á la justicia humana ha suplido y suple la de Dios.....

Mariquita se interrumpió, volviendo á inmutarse casi tanto como anteriormente en la plaza de toros. Su vista se ha-

bía fijado en una pareja que, del brazo, parecía alejarse de la gente, y buscaba en efecto las más solitarias sombras del paseo de los pinos.

—¿Quiénes son éstos?—preguntó D. Emilio, siguiendo con alguna inquietud la dirección aquella.

—Nos han conocido también..... y se alejan.

—¿Quiénes son?

—Otros recuerdos tristes. ¿No los conoces?

—No.

—Él es D. León Arroyo, hijo del implacable enemigo de mi pobre padre, cuya muerte produjo mi orfandad, mi desamparo, mis mayores desgracias..... La joven que se apoya en su brazo con manifiesto cariño es la hija de..... Eulalia y de..... Diego Medina.

—Está visto que en ninguna parte nos han de dejar hoy en paz y tranquilos.

D. Emilio había perdido algo de su serenidad, algo de su ordinario temple, á pesar de toda su filosofía.

Llamó á su hijo y se dispuso á abandonar el Retiro.

Al pasar luego junto á la Cibeles y viendo los carteles de los espectáculos del día, tuvo la idea de ir á distraerse al teatro; consultó con indiferencia, en un periódico que en el bolsillo traía, el título de las funciones; pero al ver que estaban anunciados los dramas en boga *Cómo empieza y cómo acaba*, *El nudo gordiano* y alguna otra obra del mismo género, producto espontáneo de una generación maleada, se decidió á ir á esperar la noche en su fonda, con ánimo de acudir más tarde al Real, donde se cantaba *La Favorita*.

En los ojos de Mariquita se leía una terrible lucha interior, una mortal pesadumbre ante las persistentes contrariedades de la vida.

Pero dejemos ahora á esta familia que corre á encerrarse, sin gran motivo, entre las frías paredes de la fonda donde temporalmente habita.

Nos toca hablar de otros amigos.

Precisamente aquella misma tarde y á aquella hora, Valentín y su mujer Ramona se habían dirigido á la popular Fuente de la Teja: él con su bastón y traje dominguero; ella

con una hermosa niña en brazos, niña que de ordinario no quería confiar á criada alguna.

Era un matrimonio feliz, en toda la extensión de la palabra; un matrimonio cuya luna de miel no había sido interrumpida aún por ningún disgusto.

El hermano de Mariquita no era lo que suele llamarse un caballero, es decir, un hombre obligado á vestir un traje más ó menos ridículo, no: era un simple menestral mucho más inteligente y laborioso que la mayoría de los que, por llevar levita, se creen de otra madera que la del vulgo: era un hombre que, después de haber hecho frente á las dolorosas peripecias de una juventud malograda, había renunciado sin pesar á sus aspiraciones primeras y á toda carrera universitaria, decidido ahora á comer literalmente el pan con el sudor de su rostro. Tenía en la actualidad un gran taller de carpintero, y en sus empresas y contratas de obras contaba con una reputación envidiable. Verdad es que su exactitud y su formalidad eran proverbiales, y le hicieron siempre esclavo de su palabra, conquistándole la fama de honradísimo en todas ocasiones. Así prosperaba Valentín de día en día; había conseguido una comodidad relativa, y era de esperar que su perseverancia y su acierto le proporcionarían al fin cierta fortuna y unhonesto porvenir para su hija, único objeto de los afanes suyos y de los de Ramona.

Era domingo, y el aspecto de aquella alameda, destinada á los necesarios esparcimientos del pueblo que más rudamente trabaja, parecía rejuvenecer á nuestros antiguos amigos. Aquellas apetitosas aunque sencillísimas meriendas sobre la hierba de la pradera ó en el tosco banco del emparrado figón, los alegres bailes al son de la guitarra ó del alquilado organillo, la gallegada aquí y más allá la jota ó las seguidillas, el corro y los brincos, las juveniles expansiones de mozos y mozas, todos aquellos animados retozos campestres prestaban al espectáculo un carácter de intimidad más á propósito efectivamente para desterrar el *spleen* que el ceremonioso *lunch* de una *matinée*—por la tarde—en rico palacio, ó el aristocrático té, inventado para romper con inclinaciones de cabeza la monotonía del *far niente*.

Valentín y Ramona fueron á sentarse á la puerta de uno de aquellos rústicos y democráticos merenderos, y también probaron alguno de aquellos fritos ó guisos, vulgares y desabridos sin duda para todos los que, á fuerza de excitantes de invención extranjera, han perdido el paladar y no saben ya lo que es tener estómago sano y buen apetito. Callos y caracoles rociados con valdepeñas..... ¿Por qué se ríen ustedes, los pisaverdes de ogaño y los silbantes de ahora? ¿Son acaso preferibles algunos de vuestros guisotes con unguentos de mostaza, ó será porque condimenta los caracoles una robusta y hacendosa lavandera de rompe y rasga, curtida por el sol y los aires del Manzanares, y no un mofletudo y soso cata-salsas de París con gorro y mandil blancos?

Decíamos que Valentín y Ramona se habían sentado en un banquillo á la sombra.

—¿No es cierto—decía ella—que nuestros sufrimientos, nuestras luchas pasadas, casi se olvidan aquí, y que aún podemos agradecer á Dios estos alegres días de juventud y de verdadera dicha?

—Sí; hemos triunfado al fin, y por mi parte te aseguro que mi vida es en este momento todo lo feliz que en mi mocedad soñaba.

Ramona le miró cariñosamente y le alargó con inmenso cariño una mano, añadiendo:

—¡Qué tristes luchas las mías y qué horribles miserias las tuyas! Nos sería imposible volver á sufrir tanto, porque nos moriríamos ahora.

La historia de Valentín, cuyos episodios recordaba entonces Ramona con un estremecimiento nervioso, era efectivamente toda una lamentable tragedia. Héla aquí en resumen:

Después de haber sufrido en un presidio su injusta condena y libre por fin del infamante traje, quiso Valentín huir de sí mismo, quiso huir de los recuerdos de su desgracia; hasta su propia sombra le daba miedo. Le destrozaba el alma la pasión que sentía por su querida Ramona; pero no quiso repetirle que la amaba, porque la creía siempre capaz de la mayor abnegación y sentía horror ante la idea de hacerla mujer de un presidiario. No tenía Valentín por otra

parte fuerzas para volver á Medina; y ante un agente consular de los Estados Unidos firmó un compromiso de trabajar en ciertas roturaciones de una empresa agrícola en la región del Sur de la gran república, mediante las ilusorias promesas de retribución ó de crecidos jornales con que suele de ordinario seducirse á los desdichados emigrantes.

Al verse embarcado con otro centenar de hombres y mujeres y al observar la manera con que se les trataba, pronto pudo comprender que todos los emigrantes eran instrumentos de la codicia, carne humana explotada por un infame afán de lucro. Miseramente alimentados y confundidos en reducido espacio hombres y mujeres, sin ningún miramiento al pudor, no obtuvieron más consideración que la vil mercancía de la que se espera sacar el mayor producto posible.

Desembarcaron en Nueva Orleans, y Valentín fué destinado á una pantanosa comarca, parte de una inmensa explotación agrícola, entre el Misisipí y las sábanas y sus extensos arenales. Los emigrantes varones eran allí tenidos como máquinas vivas destinadas á ahorrar carbón á los fabricantes de los más raros inventos para el desarrollo de la industria. Las mujeres más agraciadas habían de servir, en cambio, para satisfacer los instintos de lubricidad y desenfreno, en medio de un pueblo que tiene la pretensión de ser el más civilizado del mundo.

La naturaleza de Valentín no estaba hecha para aquel clima ni para aquellos trabajos. Cayó gravemente enfermo, y al cabo de un mes supo que ni veinte años de un trabajo gratuito sería bastante á pagar los honorarios debidos al facultativo que de vez en cuando le hacía alguna visita y le administraba infusiones de hierbas. Se apoderó entonces de su ánimo la desesperación del condenado á suplicio eterno.

Un día, dando diente con diente y en medio de una horrible calentura que casi le quitaba el conocimiento, se arrastró fuera de la granja. Demacrado, casi un esqueleto, pero nervioso, no pudiendo sostenerse en pie, se valía de sus rodillas y de sus manos para huir de aquella tierra maldita. Lo que sufrió es indecible, y nunca supo tampoco todo lo que por él pasó. Debieron trascurrir horas de angustia y de agonía,

debieron hacer sus miembros esfuerzos supremos arrancados por el instinto de la conversación, antes de perder de vista los territorios de la explotación agrícola. Lo único cierto es que entre una tribu india halló más humanidad que entre los hombres que se dicen cultos. Á un misionero debió al cabo ser conducido á Nueva Orleans, y á la compasión de un noble capitán portugués ser trasladado á Río Janeiro, cuyo idioma y cuyos hábitos eran al menos los de su misma raza.

Libre al fin de los yankees, desembarcó Valentín en la capital del Brasil. Había pagado su pasaje sirviendo de marinero á los portugueses; pero se veía sin ningún recurso en país extraño; así es que desde el primer día trató de ofrecer sus servicios al primero que los admitiese. Entró, finalmente al servicio de un colono del Oeste que se encontraba en la capital para realizar alguna venta y le ofrecía su rancho á cambio de trabajo.

Siguió contento á su nuevo amo, en cuya casa se dedicó á las rudas faenas de la labranza. Era este amo un francés establecido en el Brasil más de veinte años hacía, y no con mala suerte, pues tenía terrenos bien situados y sus cosechas eran muy productivas, aunque á costa de grandes privaciones y de un incesante trabajo. Era en extremo avaro y vivía de la manera más pobre. Se valía para sus trabajos de emigrados hambrientos y sin refugio, y trataba de producir con el menor gasto posible. Los quehaceres domésticos estaban encomendados á una buena y simpática mulata á quien llamaban Naní.

Durante otros dos interminables años sirvió Valentín de mozo al francés, sin abrigar ya la esperanza de obtener nunca la libertad ni conseguir más retribución que la comida y muy de tarde en tarde alguna tosca prenda de vestir, indispensable para cubrir sus carnes. Un día, sin embargo, recibió su amo una carta de su tierra, carta que le sumergió de repente en la más amarga tristeza. Llamó á Valentín para participarle su desgracia, pues en él tenía, á pesar de todo, la mayor confianza, y á él era igualmente á quien consultaba en casos graves. La carta participaba al amo de Valentín que no tenía que pensar ya en su anciana y queri-

da madre, ni tampoco en una antigua novia que en su pueblo tuvo y de la que hablaba apasionadamente con frecuencia, manifestando la esperanza de casarse con ella, así que se retirase del Brasil y regresase á Francia. Su madre había muerto como buena cristiana, y su novia se había cansado de esperar y acababa de casarse. Así se lo escribía el cura de su pueblo natal, donde ya no le quedaba afección alguna. Por primera vez se le vió llorar, demostrando que aún había corazón en aquel cuerpo de especulador americano.

Á consecuencia sin duda de la impresión que le produjo la carta, cayó el amo de Valentín enfermo y de una manera alarmante. Él mismo comprendió que su última hora había llegado, y llamando á Valentín al lado de su lecho, le dijo con un cariño que jamás en él se había visto: «Me muero, amigo mío; el golpe que he recibido me mata. No tengo parientes, y quiero que todo lo mío sea tuyo, encargándote solamente que te acuerdes de los que con nosotros han trabajado más tiempo, y principalmente de la pobre Naní. Te conozco y sé que mi última voluntad será cumplida.»

Dichas estas palabras descansó un poco el enfermo, y haciendo después un gran esfuerzo sobre sí mismo, repuso: «En la cartera que yo no abandonaba nunca, llevándola á todas partes conmigo, encontrarás los ahorros que reservaba para dote de la que había jurado ser mi mujer ó morir soltera. No lo olvides: todo es tuyo.»

Tan inesperada generosidad arrancó también lágrimas á Valentín. El avaro se arrepentía de aquella codicia que de nada le había servido, y pagaba al fin los trabajos que hasta entonces sólo habían proporcionado á los que de él dependían una comida muchas veces insuficiente y siempre grosera. Su enfermedad se agravaba por momentos, y todos los cuidados y toda la solicitud de Valentín no fueron bastantes á prolongar su vida. El enfermo espiró lentamente en brazos de su dependiente y amigo.

Dióse honrosa sepultura al cadáver; consiguió Valentín mejorar la suerte de sus compañeros de fatigas en la pequeña explotación del difunto francés, entregó á Naní lo suficiente para asegurar su subsistencia, y abandonó en seguida

el Brasil, embarcándose, con lo poco que le quedaba, en un buque español que se dirigía á Cuba.

En la Habana siguió persiguiéndole la mala suerte. Se declaró español; pero sus papeles no estaban en regla, fué sospechoso á una de las autoridades, que esperaba sin duda algo más positivo que buenas razones, y fué incorporado finalmente como recluta y contra su voluntad á uno de los batallones de indígenas de la isla. Sufrió con paciencia aquel nuevo contratiempo, esperando días mejores. Se encontraba una tarde de centinela en uno de los puestos avanzados de la costa, cuando fué víctima de la brutalidad de un sargento que le reprendió sin motivo. Hubo de contestar, aunque sin faltar al respeto, y el sargento mulato le cruzó el rostro con una cruel bofetada. Toda la sangre del cuerpo subió á las mejillas de Valentín ante una indignidad semejante, y no pudiéndose reprimir, dió al agresor un culatazo que por algunos instantes le dejó sin sentido. Comprendió al momento Valentín lo crítico de la posición suya; tuvo miedo á la ordenanza, se despojó de las insignias militares, abandonó la guardia y el fusil y corrió á esconderse en la ciudad.

En ninguna parte se creía seguro. Ideó una estratagema. Escribió al jefe de su batallón que, siendo hijo de una acomodada familia de España y no pudiendo sufrir su suerte injusta, tenía el firme propósito de arrojarse al mar, donde se encontraría pronto su cuerpo. El objeto de Valentín era despistar á sus jefes con un simulado suicidio y con las inútiles pesquisas que había de originar. Al mismo tiempo se presentó en el consulado de Francia. El continuo trato con su último amo le daba bastante facilidad en la pronunciación de la lengua francesa, y muy bien podía pasar por un hijo del Languedoc ó del Mediodía de Francia. Dios sabe qué historias contó al cónsul de engaños y mixtificaciones de exploradores que le habían sacado de su país para burlarse de su inexperiencia y llevarle á morir de hambre en América. Le habló con gran elocuencia en nombre de su madre, en nombre de sus afecciones más caras, á fin de arrancarle un pasaporte, que al cabo obtuvo. Con este pasaporte pudo tomar pasaje en un buque mercante con bandera francesa

y llegar al Havre, desde cuyo punto se dirigió á España.

Tal había sido en resumen la accidentada juventud de Valentín, y ésta era la historia que más detalladamente había oído su esposa, con cierta mezclanza de terror y de embeleso, en las horas de mutuas y dulces confidencias que, recién casados y á solas, habían tenido.

Ahora disfrutaban ambos de una calma relativa y de una tranquilidad bien ganada, sin sospechar, no obstante, que aún tenían un enemigo porfiado, tenaz y realmente temible, porque en sus propósitos no reparaba nunca en los medios. Este enemigo implacable de la tranquilidad de tan honrada familia era el inmundo especulador D. Gaspar Marchamero, que, por raro capricho sin duda ó acaso por fatalidad inconsciente, sentía hervir en su pecho un amor impuro, pero irresistible, frenético, loco. Años hacía que paulatinamente había crecido y se había arraigado aquella torpe llama, concluyendo Marchamero por desvanecerse y no pensar más que en Ramona. No la perdía casi nunca de vista, y hasta pasaba horas enteras por el placer de mirar de lejos su silueta, siguiéndola á veces y ocultándose de esquina en esquina, con todas las muestras de una pasión insensata, durante las excursiones de su ídolo por tiendas, calles y paseos. ¡Incomprensibles debilidades humanas!

Tenía Marchamero, solterón por cálculo, por reconcentrado egoísmo, ideas raquíticas, ideas infernales que no discutía, pero que procuraba realizar pacienzudamente, como un chiquillo terco; y ante sus impulsos de amor sensual, positivo y serio, sintió también desaparecer en parte su tacañería ingénita, y deseaba conseguir su objeto aun á costa de sacrificios pecuniarios; deseaba días aciagos y la miseria para Ramona, no por gusto de verla sufrir, sino como medio único de no perder toda esperanza, como medio de declararse al fin su protector, quebrantar su virtud y hacerla tal vez agradecida en un plazo más ó menos breve.

La realización de este plan estupendo y realmente inicuo y burdo era lo que, con constancia inaudita y sin tregua, perseguía D. Gaspar. Era él un monomaniaco con más terquedad que en otros tiempos el viejo Isidro Arroyo, ya difunto,

pues parecía que las preocupaciones todas de su vida quedaban reducidas á dos: enriquecerse mucho, metalizarse á toda costa, y buscar siempre y en todas partes á Ramona, como suele buscar á su idealizada deidad un anhelante é ilusionado joven de quince primaveras. No discurría ya, al verla sola ó acompañada; se sentía atraído como el hierro por el imán, y obedecía maquinalmente á la atracción aquella, olvidándose en tales momentos de todo.

La tarde del domingo á que nos referimos, también estaba Marchamero en la Fuente de la Teja. Había seguido de lejos al matrimonio, y tomando precauciones y dando rodeos, acababa de introducirse, sin ser visto y por una puerta trasera, en el merendero debajo de cuyo emparrado acababan de sentarse Valentín y su buena mujer Ramona.

—Nuestros negocios marchan muy bien—decía Valentín, animado.—Hemos podido reunir dinero bastante para pagar por adelantado el importe de la madera que se obliga á entregarme el almacenista Sr. Campos. Es cierto que nos hemos quedado provisionalmente sin fondos; pero conseguimos ahora con notable rebaja toda la madera que necesito, y es ya mía, para las grandes edificaciones de mi contrata en el barrio de Argüelles. Era mi sueño dorado hacer el pago total, y lo he hecho. Este anticipo supone un remanente respetable en favor nuestro, remanente que nos permitirá trabajar y contratar de aquí en adelante con toda felicidad y completa holgura.

—Dios nos protege, y la desgracia se ha cansado sin duda de perseguirnos.

—¡Así sea!—exclamó el joven carpintero, apretando con entusiasta cariño la mano de su amada.

Pero á Marchamero no se le había escapado ni una sílaba de la conversación aquella. Ocupando el hueco de una ventana, precisamente abierta encima del banco de nuestros antiguos amigos, no perdía ni el menor movimiento de la confiada Ramona, ni un detalle de lo que su marido decía.

CARLOS SOLER ARQUÉS.

(Continuará.)



REVISTA EXTRANJERA

Concretándonos al momento en que se publican estas líneas, hasta los vaivenes y fenómenos más culminantes y propios del Gobierno de España repercuten y reflejan las perturbaciones económicas que, con evidente propósito de dañarnos y sin ventaja propia, provocan las dos Cámaras de la República francesa. Llega el caso de que nuestra crónica interior tenga que inspirarse en los acuerdos de los Senadores y Diputados que discuten á orillas del Sena. Los políticos de París cierran los mercados de Francia á los mostos, que forman una de las primeras riquezas de nuestro suelo. Lo que se sospechaba ha sucedido.

Triunfa, en efecto, la intransigencia de los viticultores del Hérault, del Languedoc y de algunas limitadas zonas del Mediodía de Francia; no se admite el espíritu conciliador, hasta cierto punto, de los Sres. Develle y Roche, Ministros de Agricultura y Comercio, y quedan votadas por el Senado las tarifas realmente prohibitivas de importación que ya habían sido aprobadas por gran mayoría en la Cámara popular.

Bajo su doble aspecto económico y político no tendrá seguramente para nosotros la ley francesa los funestos alcances que algunos suponen. Es innegable que Francia ha sido hasta aquí el primer mercado de nuestros vinos; pero no es menos cierto que se nos han devuelto de Burdeos y de

Reims nuestros propios caldos con un aumento fabuloso de precio, después de transformar su elaboración; y cuantos conocen nuestro carácter tienen por seguro que dominaremos la crisis, no considerando imposibles los esfuerzos de nuestros viticultores para mejorar la fabricación, perfeccionar los envases, acreditar marcas, establecer depósitos y comisionistas en América y en las naciones del centro y del Norte de Europa y reemplazar con ventaja el mercado francés.

Corroboramos nuestra esperanza y da grandísimo aliento la actitud casi unánime de la prensa española que, sin distinción de matices políticos, declara que la cuestión de las nuevas tarifas francesas para nuestros vinos no es cuestión de escuela ni de partido, sino cuestión nacional. ¿Y cómo no ha de revestir tal carácter un cambio que afecta á nuestro primer ramo de exportación, y de rechazo á los cambios, y más sabiéndose que, como han dicho MM. Develle y Roche en el Senado, los vinos españoles son indispensables á Francia? La situación que va á crearnos el nuevo orden de cosas es difícil, sobre todo en los primeros tiempos: necesitaremos de esfuerzo y constancia para llegar á sustituir el mercado francés que se nos cierra; pero saldremos victoriosos de esa prueba, y entonces habremos adquirido una independencia que hoy nos falta. Nadie, en cambio, podrá pedirnos que sigamos profesando la cordial estimación que hasta aquí á un Estado que hace gala de aislarse, que proclama con arrogancia bastarse á sí propio y que se lanza, perjudicándose á sí mismo gravemente, á una crisis económica y monetaria de gravedad suma. En eso apenas habrá español que discrepe. Procede responder á las medidas prohibitivas con otras análogas y aprovechar la ocasión para favorecer y estimular á las industrias similares á las francesas; sobre todo, habrá necesidad de otorgar á otras naciones ventajas comerciales de que no disfrutará aquella República. La defensa será natural, legítima; no se comprendería que los españoles nos resignásemos á tanto daño sin formular una queja y sin corresponder en algún modo á los sentimientos poco benévolos que en las Cámaras y en una parte de la prensa francesa acaban de exhibirse respecto de nosotros.

Lo más sensible no es el resultado previsto de esas corrientes proteccionistas que hoy prevalecen en Francia, ni de esa manía suicida que arrastra á una nación eminentemente sociable; lo más sensible es que los enemigos del comercio de vinos españoles hayan buscado argumentos desacreditadísimos, hablando sin tino del alcohol alemán, como si el nombre de Alemania, traído y llevado sin cesar, fuese la fórmula cabalística que supersticiosamente resuelve siempre en París todas las cuestiones que surgen.

El Ministro de Agricultura ha combatido resueltamente, es cierto, el dictamen de la Comisión, convencido de que, si bien es preciso prestar ayuda á los viticultores, también lo es que los cosecheros puedan vender sus productos á precios remuneradores, pero que estén al alcance de la más numerosa clase entre las consumidoras. «Precisamente, agregó el Ministro, es imposible que la mayoría de nuestros vinos halle salida si no son sometidos estos caldos á la operación del *coupage*, y para practicarla en buenas condiciones son indispensables los vinos extranjeros. Tampoco es conveniente para la nación en general que aumente de una manera exagerada el precio de los vinos nacionales, porque en ese caso habrían de privarse de un valioso elemento de nutrición casi todos los trabajadores que dedican su inteligencia y sus fuerzas al aumento de la riqueza de la República.

»Para el consumo interior, dijo, y para exportar vinos á los mercados extranjeros, donde contamos con numerosa clientela, necesitamos de 45 á 46 millones de hectolitros anuales: de la cosecha de 1890 solamente se obtuvieron 26 millones; ha sido preciso, por tanto, importar 20, y con los derechos de importación que la Comisión propone es casi imposible lograrlo, y corremos el peligro de que desaparezca una valiosísima fuente de riqueza, la de la exportación de nuestros vinos.»

*
* *

Elocuente resulta también la impresión que refleja la prensa de París recibida después de aprobadas por el Senado francés las tarifas referentes á los vinos españoles.

Dice *La Patrie*: «El voto del Senado sobre los excesivos derechos de importación de vinos españoles ha venido á consumar la obra de aislamiento económico de que hemos de ser las primeras víctimas. Siempre pecan nuestros políticos por falta de experiencia y de medida. Tomando por magnífico punto de partida la protección á nuestra agricultura y á nuestras industrias nacionales, hemos llevado desgraciadamente las cosas á un extremo y nos herimos á nosotros mismos en nuestras ventajas y en nuestros intereses. Facilitamos á los demás látigos para que nos azoten, y la protección sin medida tiene por resultado suscitar alianzas mercantiles creadas contra nosotros.

» Así es que vemos anunciados ya arreglos entre Alemania, Austria-Hungría, Bélgica y Suiza para determinar sus relaciones y cambios; y simultáneamente en Berlín, Roma, Viena y Pesth, los Parlamentos discuten tratados relativos al comercio y á la navegación entre los Estados de la triple alianza. Es un cúmulo de hostilidades declaradas que se organizan contra nosotros. Orgullosos de su obra pueden estar los defensores de la política aduanera de nuestras Cámaras: han echado á perder una situación inmejorable, y con la exageración de sus principios han creado un estado de cosas absolutamente desastroso para los intereses mismos que pretendían fomentar. Pronto, muy pronto sentirán la industria, el comercio y la masa de los consumidores los deplorables efectos de una política mezquina y de móviles egoístas y sumamente estrechos.»

Otro periódico, *Le Journal des Débats*, añade:

«Los mismos viticultores del Mediodía consideraban peligrosas las proposiciones de la Comisión, y se habían declarado partidarios de los derechos moderados, porque sabían y saben: primero, que no pueden pasarse sin los vinos de *coupage*, procedentes tan sólo del extranjero; y segundo, que, aun después de reconstituídos completamente nuestros viñedos, habrá que pensar, no ya en el consumo interior, sino en la exportación. Si desde ahora creamos á Francia una situación difícil, podremos perder el mercado de nuestros vinos en el mundo entero.»

Entiende *Le Temps* que el Gobierno, por beneficiar á los viticultores, ha sacrificado la masa del país consumidor, las relaciones comerciales con una potencia amiga y, por último, una parte de la misma viticultura francesa.

«Se trata de un producto en que la demanda excede considerablemente á la producción nacional; y como se prohíbe la importación, pues á esto equivale el obligarla á pagar tres ó seis veces más que antes el recargo, si no en totalidad, en parte al menos vendrá indefectiblemente. Para nuestros vinos ligeros son indispensables los vinos de *coupage*. Gravar éstos, es atentar contra aquéllos. Hay más. Francia es el mercado de los vinos, y debe esta ventaja inapreciable á las facilidades de que hasta ahora venía gozando su comercio. ¿Qué será de ese mercado cuando las facilidades no existan? ¿No emigrará á distintas regiones? Ya que no pueda ejercerse á este lado de los Pireneos, ¿quién nos dice que España no recogerá la herencia, atrayendo á su seno las operaciones lucrativas de que nosotros hayamos renegado?»

Le Siècle: «El voto del Senado ha sido favorable á los derechos más elevados. La ignorancia voluntaria de las necesidades de nuestro comercio de exportación nos conduciría á la ruina si el deber de Francia de hacer tratados de comercio por bajo de la tarifa mínima no nos permitiese prever que decisiones tan desastrosas pierdan en la práctica todo su efecto. Se trata de uno de los negocios más importantes del país, y es preciso que sobreviva por medio de legítimas compensaciones, al menos que el día de mañana no tengamos que presenciar que en los rendimientos de la Hacienda repercute una medida tan arbitraria.»

Dice *La Liberté* que «le esperan á Francia un desengaño y un desastre: desengaño, porque los acaparadores de vinos del Mediodía, que sueñan con el aumento de los precios, se verán muy pronto castigados con la disminución del consumo; y un desastre, porque los españoles no les perdonarán las perturbaciones introducidas en su producción, y porque su actividad comercial va á perder un elemento de vida. Disminuirá la importación en detrimento de todos, y nadie encontrará ventajas más que el fisco.»

Insiste *L'Eclair* en que Francia no debe hacerse ilusiones, pues con el voto del Senado España tiene un poderoso incentivo para acercarse á la triple alianza. Añade que el Gobierno francés debe hacer todo lo posible por entenderse con el Gobierno español, destruyendo ó aminorando los daños ocasionados por un voto impremeditado.

Se lamenta *Le Soir* del voto del Senado, diciendo que los principales perjudicados por esas tarifas sobre los vinos, como por todas las establecidas sobre los productos agrícolas, serán los consumidores franceses.

Publica *Le Figaro* un telegrama de Madrid afirmando que la prensa condena con unanimidad el voto del Senado francés. Añade más adelante que en los centros oficiales se reconoce que la cordialidad de relaciones entre España y Francia desaparecerá á consecuencia «de este desgraciado asunto, que toma las proporciones de un conflicto internacional.»

Y finalmente, el periódico más autorizado de Burdeos, *La Gironde*, concluye poniendo el siguiente comentario á sus impresiones: «El Senado ha maltratado particularmente nuestras industrias girondinas. Nosotros los bordeleses somos los destinados á pagar los gastos y costas.»

*
* *

El periódico *Le Soleil* publica en París el relato de una entrevista que uno de sus redactores ha tenido con uno de los individuos que vinieron á España para estudiar la cuestión vinícola. El referido comisionado dice que en todos los puntos que visitó, la preocupación constante de los vinicultores españoles era la cuestión de las tarifas, que significaba para ellos un interés de vida ó muerte. Añade que la aplicación de las tarifas votadas por la Cámara, y últimamente por el Senado, equivaldrá á una verdadera prohibición en la importación de los vinos españoles, y por lo tanto, la miseria en España para un plazo breve. En este sentido, considera muy justificada la agitación producida en la Península.

Si el Senado, al menos, hubiera consentido en elevar la

escala alcohólica hasta los 12 ó 13^o, el comercio hubiese sido aún posible, y los españoles se hubieran apaciguado en sus pretensiones; «pero la terquedad ultraproteccionista del Senado—añade—ha roto todas nuestras relaciones con España, abriendo para éstas las puertas de los mercados ingleses y alemanes.» Descartando el aventurado pronóstico de que la miseria es segura en España dentro de un breve plazo, como si viviéramos todos exclusivamente del oro francés, estamos en absoluto conformes en las apreciaciones antedichas, así como lo estábamos ya todos los españoles en repetir lo que unánimemente consigna la prensa de Madrid y de provincias. Sabemos muy bien que hay en la vecina República ¿cómo había de faltar? número considerable de personas ilustradas y de buen sentido que estudian la situación de Europa y que son capaces de levantar la vista, no solamente por encima del *Boulevard*, horizonte visible de la mayoría de los políticos franceses, sino por encima de la frontera; mas la infatuación, que tantas veces fué funesta á aquel país, impide que la voz de esas pocas personas bien enteradas produzca el menor efecto. Francia al presente se halla dominada por los egoísmos de cierto número de grandes propietarios territoriales que pretenden sobreponerse á los intereses de la industria y del comercio, y por la soberbia de los que imaginan que un Estado central europeo, destinado por la naturaleza y por la historia á servir de vínculo de comunicación entre los extremos, puede bastarse á sí propio y cerrar á todos sus fronteras, proclamando el aislamiento.

Falta, á no dudarlo, Francia á su misión histórica y á la índole de su genio y cultura procediendo de aquella manera; pero, á más de eso, desconoce el estado de Europa y arrostra consecuencias que no pueden menos de serle muy sensibles y que han seguido inmediatamente á la culpa. Ella se aísla y sus adversarios se unen. La víspera del día de la Concepción, los Gobiernos de Alemania, Austria é Italia presentaron á sus respectivos Parlamentos los tratados de comercio destinados á suplir hasta donde sea posible la falta del mercado francés, en donde prevalece el espíritu de exclusión y aislamiento.

Existía la *Triple Alianza*, liga política que ha servido para mantener la paz en Europa: ahora se refuerza con una Liga aduanera destinada á estrechar los vínculos creados por la primera. Y no son únicamente los Estados que componen la *Triple Alianza* los que tratan de fundar un *Zollverein*, sino que parece seguro que han traído á su esfera de acción á otros Estados menos poderosos, pero muy importantes por su posición, industria ó riqueza, tales como Bélgica, Suiza, Rumanía, Servia y Bulgaria. «El movimiento—añade con tal motivo el diario francés *Le Temps*—se extiende, al parecer, fuera de Europa, pues se habla también de la conclusión de un convenio comercial entre Alemania y los Estados Unidos.» El mismo diario, á quien siguen otros de la propia nación, lanza el grito de alarma ante el peligro del completo aislamiento económico y político que corre aquella República, diciendo: «Está á punto de formarse en el mundo, según todos los indicios, una Liga aduanera sin nosotros, ó por mejor decir, *contra nosotros*.»

Será cierto, y sin embargo, no tendremos nosotros la culpa. Todos lo sabemos, y hasta los periódicos más liberales lo repiten en Madrid, mirando de frente las dificultades presentes y futuras y diciendo con patriotismo:

«La obra positiva de la situación conservadora será la de las nuevas tarifas y aplicación de las mismas, de suerte que nuestra balanza comercial no experimente, por el nuevo orden de relaciones en que vamos á entrar, un grave desequilibrio.

Siendo el indicado el objeto efectivo de los trabajos del Gobierno que el Sr. Cánovas preside, y tratándose de un interés nacional, es un deber en todos auxiliarle en ellos con recta intención, según el leal saber y entender de cada cual, y sin que esto implique la renuncia á las observaciones y advertencias oportunas. No hay en ello peligro ni aun para los egoísmos de los que aspiran á la sucesión en el mando.

Con estas consideraciones, las cuales nos parecen ajustadas á la realidad, pretendemos descartar de un asunto que tanto importa á la patria el espíritu de parcialidad que vemos con pena asomar por algunos lados con sus pesimistas

y dañosos procederes. Hay que favorecer la acción del Estado, represéntelo quien lo represente, contra los ataques á los intereses de España dirigidos. Que cada español cumpla con su deber y haga en la medida de sus fuerzas lo que desea que el Estado verifique, y no sólo satisfará al patriotismo, sino que habrá servido sus propias y verdaderas conveniencias.»

Muchos extranjeros sólo conocen los arranques y la nobleza de España por las novelas francesas, y claro es que los tales no nos comprenden y se equivocan de la manera más lastimosa al juzgarnos.

*
*
*

De espacio carecemos hoy para comentar dos noticias.

La muerte de S. M. el Emperador del Brasil.

La cuestión religiosa en Francia, cuestión que amenaza, al parecer, la vida del actual Gabinete de Mr. Carnot.

Ocasión habrá, sin embargo, para volver sobre tales asuntos otro día.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Le gouvernement dans la démocratie, par EMILIO DE LAVELEYE.—Paris, Félix Alcan, editor, 1891.—En 4.º, dos tomos de 407 y 472 páginas: 15 pesetas.

Hé aquí la cuestión que Mr. de Laveleye examina en su importante obra: Todas las sociedades modernas van arrastradas, por un movimiento que parece irresistible, á la democracia. Ya, después del régimen parlamentario y del sufragio universal, aparecen el gobierno directo y el *referendum*; pero ¿de qué modo podrá dar la democracia á los pueblos el orden y la libertad?

Los republicanos de la antigüedad y de la Edad Media concluyeron en el despotismo, pasando por la anarquía. ¿Cómo librarse de este peligro? Con este motivo discute el autor la mayor parte de los problemas políticos que están á la orden del día: vicios del parlamentarismo, condiciones de éxito para la república, ministros extraparlamentarios, elección y reelección del presidente, derecho de veto y de disolución, renovación parcial de las Cámaras, etc., etc.

Al resumir el autor la historia de la libertad en diversos países, indica las enseñanzas que ofrece el estudio del pasado tocante á los mencionados puntos.

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

Esta nueva obra del eminente economista alcanzará tan extraordinario éxito favorable como las anteriores, entre las cuales recordaremos tan sólo las tituladas *De la propiedad y de sus formas primitivas* y *El socialismo contemporáneo*.

*
* *

Mr. Félix Alcan, tan inteligente como infatigable editor, ha publicado también una nueva producción del célebre criminalista de Turín Sr. Lombroso: *Nouvelles recherches de psychiatrie et d'anthropologie criminelle*. Merecen particular mención los estudios sobre las anomalías morfológicas de los criminales y sus anomalías fisonómicas, herencia morbífica, relación entre las revoluciones y la criminalidad, locura criminal y epilepsia. (En 8.º, 180 páginas: 2,50 pesetas.)

*
* *

Semeyologia y diagnóstico de las enfermedades de la infancia y puericia, por el DR. R. SARRA. Traducida del italiano por D. José Wieden Portillo, con un prólogo del doctor J. Vidal Puchals.—Valencia, Pascual Aguilar, editor, 1891.—En 4.º, 240 páginas: 2,50 pesetas.

Libro sumamente útil para los que se dedican al estudio de la infancia doliente, sirven sus páginas de recuerdo á los que miran de soslayo la paidopatía, les ofrece estímulo para apreciar el tesoro que encierra en materiales de estudio la niñez, y es para todos consejero abonado y competente. El traductor lo ha enriquecido con notas oportunas, y además publica un trabajo original de mucho mérito; se titula *Método que debe seguirse para llegar al diagnóstico en las enfermedades de la infancia en forma de cuadros sinópticos*. Ambas obras reunidas sólo cuestan 4 pesetas.

*
* *

Le piante legnose italiane, por LUDOVICO PICCIOLI. Fascicolo II.—Florenca, 1891.—En 4.º, 180 páginas: 3,50 pesetas.

Acaba de publicarse el segundo fascículo de esta obra importantísima, que escribe el hijo del ilustre director de la

Escuela de Montes italiana. Ya en otra ocasión hemos hablado con elogio de la concienzuda producción, y tuvimos la dicha de que coincidiese con nosotros el eminente botánico español D. Máximo Laguna, autoridad indiscutible. D. Luis Piccioli estudia en aquel fascículo las monocotiledóneas y parte de las dicotiledóneas, con claridad y sencillez plausibles, avaloradas por la exactitud de los caracteres y por los numerosos dibujos intercalados en el texto.

*
* *

Dos historias vulgares, por D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO (de la R. A. E.). *Dibujos de Angel Pons.*—Madrid, 1891.—En 8.º, 274 páginas: 3,50 pesetas.

Castro y Serrano, autor insigne de *La novela del Egipto* y de *Cartas transcendentales*, goza del merecido privilegio de que cuanto da á luz llama poderosamente la atención. Y es que hay un público numeroso que aguarda con impaciencia sus producciones, porque sabe que en ellas hallará sabrosa y amenísima lectura. Nadie como Castro y Serrano para dar interés á lo que es de suyo sencillo. Esto acontece con *La serpiente enroscada* y *El reloj de arena*, que componen un precioso volumen. Apresúrense á adquirirlo cuantos gusten de los escritos agradables, que, si no conmueven el ánimo, distraen y causan indecible bienestar. ¡Lástima que Castro y Serrano, inimitable en su género literario, no nos deje saborear con más frecuencia los sazonados frutos de su clarísimo entendimiento!....

*
* *

L'avenir de l'Europe. Considerado desde el doble punto de vista de la política de sentimiento y de la política de interés, por C. E. VIGOUREUX.—París, Félix Alcan, editor, 1891.—En 8.º, 308 páginas y dos mapas: 3,50 pesetas.

Creemos que este libro llamará poderosamente la atención. Procura demostrar el autor que los países de raza latina, y principalmente Italia, deben unirse á Francia y formar una confederación, cuya aliada sería Rusia. Sostiene que el

sentimiento y el interés, cosas á menudo difíciles de conciliar, quedarían así satisfechos.

Refiere Mr. Vigoureux lo que han sufrido Poriugal, Francia, España, Italia y Grecia y lo que han de sufrir aún á causa de la alianza anglo-sajona; expone la actual situación europea y señala los intereses contradictorios de las potencias de la cuádruple alianza. Apóyase la obra en multitud de documentos que forman, por decirlo así, un resumen de la historia de la última parte de nuestro siglo.

* * *

Nueva Geografía universal, por ELÍSEO RECLUS.—Madrid, *El Progreso Editorial*, 1891.

Recientemente se han repartido los cuadernos 141 á 218 de esta obra magnífica, bastante para acreditar la importancia de la empresa editorial que dirige el Sr. López Falcón. Trátase en aquéllos del Asia Oriental, África del Nordeste, América Boreal y Europa del Noroeste. Imposible enumerar todos los mapas, dibujos, planos, etc., que contienen, primorosamente hechos. Citaremos algunos, de colores casi todos: delta y canal de África, tipos y trajes japoneses, el Turquestán, costas de Terranova, el río Ottawa, vista general de Vancouver y de Upernivick, estación de la Compañía de Hudson, embocadura del Kiang, bahía de Ohosaka, campamento de leñadores canadienses, Québec, Montreal, San Juan de Terranova, cataratas del Niágara, Brujas, catedral de Amberes, Banco de Londres, Amsterdam, el Parlamento de Londres, Londres y el estuario, Liverpool, Edimburgo y el golfo de Forth, Sambre y Mosa, Luxemburgo, bahía de Dublin.

No menos importante es la *Historia general de España* que publica la mencionada empresa. Acaba de distribuir los cuadernos 67 á 70, ilustrados por láminas de extraordinario mérito artístico, entre ellas: sello en cera de la Reina D.^a María, madre de D. Pedro I de Castilla; sello del Infante de España D. Carlos de Borbón; signos circulares de D. Diego Gelmírez, Arzobispo de Santiago; D. Guindo y D. Juan, Obispos de Lugo, etc.

Memorias de Julián Gayarre, escritas por su amigo y testamentario JULIO ENCISO.—Madrid, 1891.—En 8.º, 374 páginas: 3,50 pesetas.

Cogí en mis manos el volumen, y devorando, que no leyendo, lo dejé con pena al llegar á la última de sus páginas. Ameno y cuajado de curiosas noticias, queda la impresión de que Gayarre era, á más de un artista extraordinario, un corazón de oro. Síguense sus modestísimos comienzos, sus luchas, los triunfos que alcanzó, y siempre se le ve sin asomo de vanidad, vanidad que tan disculpable hubiera sido. Julio Enciso presenta al tenor insigne tal como fué en su trabajada y gloriosa carrera.

* * *

Gramática razonada histórico-crítica de la lengua francesa, por D. FERNANDO ARAUJO.—Toledo, 1891.—Dos tomos en 4.º: 16 pesetas.

La prensa profesional extranjera y notabilidades como Menéndez Pelayo tributan grandes elogios á la obra del sabio y concienzudo escritor Sr. Araujo, tan conocido ya por otras producciones. De la Gramática dice una revista de Leipzig que «es admirable por lo acabada, siendo sus datos aún más completos que los de Koschwitz, y que su contenido, notable por la claridad de la exposición, es tan asombrosamente rico como cuidadosamente ordenado;» y la *Romanía* de París escribe que «merece realmente su título de histórico-crítica, que representa labor considerable, y que todos los puntos se tratan conforme al método histórico por quien está al corriente de las más recientes indagaciones.»

* * *

Tratado del cultivo de la remolacha azucarera, por JORGE DUREAU. Traducido por W. Guerrero, ingeniero agrónomo.—Granada, imprenta de la viuda é hijos de Sabatel, 1891.—En 4.º, 516 páginas y ocho láminas de colores: 8 pesetas.

Hoy que va extendiéndose tanto y con tanto provecho el cultivo de la remolacha azucarera, es sumamente oportuno este libro, perfectamente traducido y muy completo. El

autor estudia con toda clase de pormenores las variedades de la remolacha, producción de la semilla, suelo y clima que convienen á la planta, preparación del suelo, los abonos, las amelgas, las siembras, entresaque, binazones, deshoje, madurez, arranque, conservación, cultivo sobre dos líneas cercanas y en caballones, los pequeños enemigos, los amigos y las enfermedades de la remolacha, valor relativo de sus variedades, venta, gastos de cultivo y muchos otros particulares de importancia.

* *

Otras publicaciones.

España. Sus monumentos y artes; su naturaleza é historia.—Acaban de salir á luz los cuadernos 256 á 258 de esta obra notabilísima, con los cuales empieza la descripción de la provincia de Santander, por D. Rodigo Amador de los Ríos. Contienen multitud de dibujos, dos preciosas heliografías que representan el pasiego y la pasiega, y una fotografía del interior de la iglesia parroquial de Torrelavega.

Escuela de Artes y Oficios de Almería.—Memoria del curso de 1890 á 91, por D. Hilario Navarro de Vera.

El destajo.—Discurso leído en la Escuela de Artes y Oficios de Santiago por D. Joaquín Díaz de Rábago. Memoria perfectamente escrita y llena de consideraciones oportunas acerca de aquel importante tema.

Historia de la música antigua, por P. Cesari. Traducción y notas de Manuel Walls y Merino. Madrid, 1891. Una peseta.—Opúsculo ameno, en el que se estudia la música en Grecia, Asia y Egipto.

La lutte française, por León Ville. París, 1891.—Librito muy útil y curioso con 44 fotograbados, en que se codifican los usos y costumbres de la lucha francesa. Véndese á 3 francos en la librería *Mondaine*, 9, rue de Verneuil.

D. Luis Tasso, que tiene una de las mejores tipografías de Barcelona, ha empezado á publicar por cuadernos una primorosa edición de *Don Quijote de la Mancha* con más de 350 grabados de Gustavo Doré y lámidas sueltas.—A.